

Domingo IV de Cuaresma (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Textos sobre la Misericordia
- **BENEDICTO XVI** – Ángelus 2007 y 2010
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Joan Ant. MATEO i García** (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

NO TENIA QUE VER CON EL PECADO

Jos 5, 9. 10-12; 2 Co 5, 17-21; Lc 15, 1-3. 11-32

La brevísima narración del libro de Josué refiere el comienzo de la Pascua, fiesta de la libertad, del pueblo reconciliado que vive tranquilo, sabiendo que quienes amenazaban su libertad han quedado vencidos. La lectura cristiana que hace el apóstol san Pablo de la vida y muerte del Señor Jesús enfatiza su misión al servicio de la reconciliación. Las amnistías decretadas por los gobernantes eran una cancelación de los delitos, especialmente los de tipo político. Jesús que no era responsable de delito alguno, entregó su vida como rescate por nuestro sobregiro egoísta y nuestra inmoralidad. Todo lo que enseñó con parábolas tan hermosas, como la oveja perdida y el hijo pródigo, también lo hizo vida en su experiencia pascual. Aunque experimentó dificultades y luchas en las horas previas a la pasión, decidió entregarse como expresión del amor esperanzado y generoso del Padre. Jesús se entrega sin reservas, porque había sido amado de la misma manera por su Padre.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 66, 10-11

Alégrate, Jerusalén, y que se reúnan cuantos te aman. Compartan su alegría los que estaban tristes, vengan a saciarse con su felicidad.

No se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que por tu Palabra realizas admirablemente la reconciliación del género humano, concede al pueblo cristiano prepararse con generosa entrega y fe viva a celebrar las próximas fiestas de la Pascua. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El pueblo de Dios celebró la Pascua al entrar en la tierra prometida.

Del libro de Josué: 5, 9. 10-12

En aquellos días, el Señor dijo a Josué: “Hoy he quitado de encima de ustedes el oprobio de Egipto”.

Los israelitas acamparon en Guilgal, donde celebra-ron la Pascua, al atardecer del día catorce del mes, en la llanura desértica de Jericó. El día siguiente a la Pascua, comieron del fruto de la tierra, panes ázimos y granos de trigo tostados. A partir de aquel día, cesó el maná. Los israelitas ya no volvieron a tener maná, y desde aquel año comieron de los frutos que producía la tierra de Canaán. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 33, 3-4. 18-19. 20-21ab.

R/. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Bendeciré al Señor a todas horas, no cesará mi boca de alabarlo. Yo me siento orgulloso del Señor, que se alegre su pueblo al escucharlo. **R/.**

Proclamemos la grandeza del Señor y alabemos todos juntos su poder. Cuando acudí al Señor, me hizo caso y me libró de todos mis temores. **R/.**

Confía en el Señor y saltarás de gusto, jamás te sentirás decepcionado, porque el Señor escucha el clamor de los pobres y los libra de todas sus angustias. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los corintios: 5, 17-21

Hermanos: El que vive según Cristo es una criatura nueva; para él todo lo viejo ha pasado. Ya todo es nuevo.

Todo esto proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y que nos confirió el ministerio de la reconciliación. Porque, efectivamente, en Cristo, Dios reconcilió al mundo consigo y renunció a tomar en cuenta los pecados de los hombres, y a nosotros nos confió el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros somos embajadores de Cristo, y por nuestro medio, es como si Dios mismo los exhortara a ustedes. En nombre de Cristo les pedimos que se dejen reconciliar con Dios.

Al que nunca cometió pecado, Dios lo hizo “pecado” por nosotros, para que, unidos a él, recibamos la salvación de Dios y nos volvamos justos y santos. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 15, 18

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Me levantaré, volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. **R/.**

EVANGELIO

Tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida.

Del santo Evangelio según san Lucas: 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores para escucharlo. Por lo cual los fariseos y los escribas murmuraban entre sí: “Éste recibe a los pecadores y come con ellos”.

Jesús les dijo entonces esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos le dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de la herencia que me toca’. Y él les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se fue a un país lejano y allá derrochó su fortuna, viviendo de una manera disoluta. Después de malgastarlo todo, sobrevino en aquella región una gran hambre y él empezó a pasar necesidad. Entonces fue a pedirle trabajo a un habitante de aquel país, el cual lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tenía ganas de hartarse con las bellotas que comían los cerdos, pero no lo dejaban que se las comiera.

Se puso entonces a reflexionar y se dijo: ¡Cuántos trabajadores en casa de mi padre tienen pan de sobra, y yo, aquí, me estoy muriendo de hambre! Me levantaré, volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Recíbeme como a uno de tus trabajadores’.

Enseguida se puso en camino hacia la casa de su padre. Estaba todavía lejos, cuando su padre lo vio y se enterneció profundamente. Corrió hacia él, y echándole los brazos al cuello, lo cubrió de besos. El muchacho le dijo: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo’.

Pero el padre les dijo a sus criados: ¡Pronto!, traigan la túnica más rica y vístansela; pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; traigan el becerro gordo y mátenlo. Comamos y hagamos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado’. Y empezó el banquete.

El hijo mayor estaba en el campo y al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y los cantos. Entonces llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: ‘Tu hermano ha regresado y tu padre mandó matar el becerro gordo, por haberlo recobrado sano y salvo’. El hermano mayor se enojó y no quería entrar.

Salió entonces el padre y le rogó que entrara; pero él replicó: ¡Hace tanto tiempo que te sirvo, sin desobedecer jamás una orden tuya, y tú no me has dado nunca ni un cabrito para comérmelo con mis amigos! Pero eso sí, viene ese hijo tuyo, que despilfarró tus bienes con malas mujeres, y tú mandas matar el becerro gordo’.

El padre repuso: ‘Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado’ “. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

SAN JOSEMARÍA, ES CRISTO QUE PASA N. 64:

«Recordad aquella parábola que el Hijo de Dios nos contó para que entendiéramos el amor del Padre que está en los cielos: la parábola del hijo pródigo (cfr. Lc 15, 11 y ss).

Cuando aún estaba lejos, dice la Escritura, lo vio su padre, y enterneciéronsele las entrañas y corriendo a su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dio mil besos (Lc 15, 20). Estas son las

palabras del libro sagrado: le dio mil besos, se lo comía a besos. ¿Se puede hablar más humanamente? ¿Se puede describir de manera más gráfica el amor paternal de Dios por los hombres?

Ante un Dios que corre hacia nosotros, no podemos callarnos, y le diremos con San Pablo, Abba, Pater! (Rm 8, 15), Padre, ¡Padre mío!, porque, siendo el Creador del universo, no le importa que no utilicemos títulos altisonantes, ni echa de menos la debida confesión de su señorío. Quiere que le llamemos Padre, que saboreemos esa palabra, llenándonos el alma de gozo.

La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que –por tanto– se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega. Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al confesar nuestros pecados, nos revestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios.

Dios nos espera, como el padre de la parábola, extendidos los brazos, aunque no lo merezcamos. No importa nuestra deuda. Como en el caso del hijo pródigo, hace falta sólo que abramos el corazón, que tengamos añoranza del hogar de nuestro Padre, que nos maravillemos y nos alegremos ante el don que Dios nos hace de podernos llamar y de ser, a pesar de tanta falta de correspondencia por nuestra parte, verdaderamente hijos suyos.

Se dice Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Oremos, hermanos, al Señor, que no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y pidámosle que tenga misericordia de su pueblo penitente: (R/. Escúchanos, Señor.)

- 1.** Para que Dios aumente la fe y fortalezca la voluntad de los que se preparan a recibir en estos días cuaresmales el sacramento de la penitencia y les conceda un verdadero arrepentimiento de sus culpas, *roguemos al Señor.*
- 2.** Para que el Señor abra la inteligencia y el corazón de los incrédulos, de manera que lleguen al conocimiento de la verdad, y en la fe encuentren aquel descanso que tanto desea su corazón, *roguemos al Señor.*
- 3.** Para que Dios conceda su ayuda a los enfermos, a los pobres, a los que se sienten tentados y a todos aquellos que con su sufrimiento participan de la cruz de Cristo, *roguemos al Señor.*
- 4.** Para que todos nosotros perseveremos en el esfuerzo cuaresmal y lleguemos, purificados e iluminados, a las fiestas de Pascua que se acercan, *roguemos al Señor.*

Dios rico en misericordia, que acoges con el abrazo del perdón a tus hijos que, arrepentido, retornan a ti, escucha nuestras oraciones, perdona nuestras culpas y revístenos con vestiduras de fiesta, para que podamos participar en el banquete pascual. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te presentamos, Señor, llenos de alegría, estas ofrendas para el sacrificio y pedimos tu ayuda para celebrarlo con fe sincera y ofrecerlo dignamente por la salvación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio I o II de Cuaresma

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Lc 15, 32

Alégrate, hijo mío, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, ilumina nuestros corazones con el resplandor de tu gracia, para que podamos siempre pensar lo que es digno y grato a tus ojos y amarte con sincero corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Protege, Señor, a quienes te invocan, ayuda a los débiles y reaviva siempre con tu luz a quienes caminan en medio de las tinieblas de la muerte; concédeles que, liberados por tu bondad de todos los males, alcancen los bienes supremos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Como atinadamente afirma san Pablo en la carta a los Romanos: “con dificultad se dejaría uno matar por una causa justa... sin embargo el Mesías murió por nosotros cuando éramos pecadores”. Esta no es una moraleja edificante inventada por un fabricante de leyendas. Tampoco es la práctica común de una sociedad que ha olvidado el sentido de la gratuidad y la donación. Pero sí es la clave de lectura para comprender la vida entera del Señor Jesús. Darse o dar la propia vida es un camino de realización personal. El padre del hijo pródigo encuentra la alegría profunda cuando dona sin condiciones la nueva vida, la de hijo, al que por propia decisión había querido vivir en condición de excluido. El rostro misericordioso de Dios necesita manifestarse de forma más patente en las actitudes de todos los bautizados. La rudeza de los violentos nos deshumaniza más. Es imprescindible confrontar esa dinámica violenta con una espiritualidad de la paz y la reconciliación en nuestras familias y comunidades.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El maná desapareció a partir de ese día (Jos 5,9a.10-12)

1ª lectura

Una vez que han sido circuncidados los varones para poder celebrar la Pascua (vv. 1-9), tiene lugar la primera celebración de esta fiesta en la tierra prometida. Los israelitas pudieron emplear los cereales producidos en esa región para la elaboración de los panes ácidos y, desde ese momento en que ya eran capaces de alimentarse con la producción agrícola de la tierra, el maná, con el que Dios los había sostenido desde que comenzaron su peregrinación por el desierto, desapareció.

Dios no tuvo inconveniente en alimentar prodigiosamente a su pueblo durante años en el desierto cuando fue necesaria esa protección especial, al no ser posible encontrar allí lo necesario para la subsistencia. Sin embargo, en cuanto pueden alimentarse con los medios ordinarios, esforzándose en el cultivo de la tierra, Dios deja de prestar el auxilio extraordinario.

Reconciliaos con Dios (2 Co 5,17-21)

2ª lectura

El Apóstol acaba de dar razón de su comportamiento, insistiendo en que es honesto y claro (vv. 11-13). El motor de su modo de actuar es «el amor de Cristo» (v. 14), que en este contexto puede entenderse tanto del amor de Cristo a los hombres como de éstos a Cristo.

Al exponer este amor, hace un apretado resumen del contenido de la Redención (vv. 15-17): Dios ha reconciliado a los hombres con Él por medio de Jesucristo, que cargó sobre sí nuestros pecados y murió por todos los hombres. «Todo lo que el Hijo de Dios obró y enseñó para la reconciliación del mundo, no lo conocemos solamente por la historia de sus acciones pasadas, sino que lo sentimos también por la eficacia de lo que él realiza en el presente» (S. León Magno, *Tractatus* 63; cfr *De passione Domini* 12,6).

Además, Dios ha constituido a los Apóstoles embajadores de Cristo para llevar a los hombres la palabra de la reconciliación (v. 19): «La Iglesia erraría en un aspecto esencial de su ser y faltaría a una función suya indispensable, si no pronunciara con claridad y firmeza, a tiempo y a destiempo, la “palabra de reconciliación” y no ofreciera al mundo el don de la reconciliación. Conviene repetir aquí que la importancia del servicio eclesial de reconciliación se extiende, más allá de los confines de la Iglesia, a todo el mundo» (Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, n. 23). Éste es el conocimiento que Pablo posee de Jesucristo, frente al que poseía antes de convertirse, cuando sólo veía a Cristo «según la carne» (v. 16).

El hijo pródigo (Lc 15,1-3.11-32)

Evangelio

Estamos ante una de las parábolas más bellas de Jesús. La grandeza del corazón de Dios, su misericordia infinita, descrita en las parábolas anteriores, se completa ahora con unos rasgos vivísimos de las acciones del Padre (vv. 20-24; 31-32). En la parábola tiene enorme relieve el hecho mismo de la conversión: «El proceso de la conversión y de la penitencia fue descrito maravillosamente por Jesús en la parábola llamada “del hijo pródigo”, cuyo centro es “el Padre misericordioso” (Lc 15,11-24): la fascinación de una libertad ilusoria, el abandono de la casa paterna; la miseria extrema en la que el hijo se encuentra tras haber dilapidado su fortuna; la humillación profunda de verse obligado a apacentar cerdos, y peor aún, la de desear alimentarse de las algarrobas que comían los cerdos; la reflexión sobre los bienes perdidos; el arrepentimiento y la decisión de declararse culpable ante su padre, el camino de retorno; la acogida generosa del padre; la alegría del padre: todos estos son rasgos propios del proceso de conversión. Las mejores vestiduras, el anillo y el banquete de fiesta son símbolos de esta vida nueva, pura, digna, llena de alegría que es la vida del hombre que vuelve a Dios y al seno de su familia, que es la Iglesia. Sólo el corazón de Cristo, que conoce las profundidades del amor de su Padre, pudo revelarnos el abismo de su misericordia de una manera tan llena de simplicidad y de belleza» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1439).

La parábola, muy sencilla en su profundidad, se narra desde tres perspectivas: la del hijo menor, la del padre y la del hijo mayor. La historia del hijo menor es casi un modelo del proceso del pecador: el abandono de la casa paterna, la marcha a un país lejano donde no puede cumplir los deberes de piedad con Dios ni con los suyos, la vida con los cerdos, etc. (vv. 13-15). Por eso, «aquel *hijo* (...) es en cierto sentido el hombre de todos los tiempos, comenzando por aquel que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original. (...) La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado» (Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, n. 5). Pero, en un momento determinado, toma la decisión de la conversión. Esa decisión se compone de varias acciones: el hijo sabe que no sólo ha ofendido a su padre, sino también a Dios (v. 18), y, sobre todo, es consciente de la gravedad de su pecado: «En el centro de la conciencia del hijo pródigo, emerge el sentido de la dignidad perdida, de aquella dignidad que brota de la relación del hijo con el padre. Con esta decisión emprende el camino» (*ibidem*, n. 19).

El relato nos muestra a continuación al Padre. Su modo de obrar resulta sorprendente, como lo es el obrar de Dios con los hombres. Ciertamente el perdón es también humano, pero, al perdón, el padre le añade el mejor traje, el anillo, las sandalias y el ternero cebado: «El padre del hijo pródigo *es fiel a su paternidad, fiel al amor* que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría, con aquel júbilo tan generoso respecto al disipador después de su vuelta» (*ibidem*, n. 6).

Todavía la parábola se detiene en otro personaje: el hijo mayor que se siente ofendido por los gestos del padre. En el contexto histórico del ministerio público de Jesús representa la posición de algunos judíos que «se tenían por justos» (18,9) y pensaban que Dios estaba obligado a reconocer «sus obras de justicia», despreciadas y ofendidas por la conducta misericordiosa de Jesús hacia los pecadores. Por eso, en esta tercera escena, las quejas del hijo y las palabras del padre ocupan casi el mismo espacio: «El hombre —todo hombre— es también este hermano mayor. El egoísmo le hace ser celoso, le endurece el corazón, lo ciega y le hace cerrarse a los demás y a Dios. La benignidad y la misericordia del Padre lo irritan y lo enojan; la felicidad por el hermano hallado tiene para él un sabor amargo. También bajo este aspecto él tiene necesidad de convertirse para reconciliarse» (Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, n. 6).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

El hijo pródigo

No temamos haber despilfarrado el patrimonio de la dignidad espiritual en placeres terrenales. Porque el Padre vuelve a dar al hijo el tesoro que antes poseía, el tesoro de la fe, que nunca disminuye; pues, aunque lo hubiese dado todo, el que no perdió lo que dio, lo tiene todo. Y no temas que no te vaya a recibir, porque *Dios no se alegra de la perdición de los vivos* (Sb 1, 13). En verdad, saldrá corriendo a tu encuentro y se arrojará a tu cuello —pues *el Señor es quien levanta los corazones* (Sal 145, 8) —, te dará un beso, que es la señal de la ternura y del amor, y mandará que te pongan el vestido, el anillo y las sandalias. Tú todavía temes por la afrenta que le has causado, pero Él te devuelve tu dignidad perdida; tú tienes miedo al castigo, y El, sin embargo, te besa; tú temes, en fin, el reproche, pero Él te agasaja con un banquete. Y ahora, examinemos ya la parábola misma.

Un hombre tenía dos hijos, y dijo el menor de ellos a su padre: dame la parte de herencia que me corresponde.

Observa cómo el patrimonio divino se da a todos aquellos que lo piden, y no creas que el padre comete una falta porque se lo haya dado al más joven. En el reino de Dios no existe la minoría de edad, ni crece la fe a medida que pasan los años. El que lo pide es que se ha juzgado a sí mismo ya capaz ¡Ojalá no se hubiese apartado de su padre y así no hubiera conocido los inconvenientes de su edad! Pero después de que *se marchó lejos* —realmente malgasta su patrimonio el que se aleja de la Iglesia— después de dejar —dice— la casa paterna, *se marchó lejos a una región muy distante.*

Y ¿dónde más apartado que alejarse de sí mismo, que estar lejos, no de un lugar, sino de las buenas costumbres, y estar distante, no de las tierras paternas, sino de los buenos deseos, y encontrarse como dominado por la apetencia malsana de los placeres carnales de este mundo; distante, por tanto, a causa de su conducta? Y es que, en verdad, el que se separa de Cristo está desterrado de la patria y se hace ciudadano del mundo. Pero “nosotros no somos extranjeros ni peregrinos, sino que somos conciudadanos de los santos y de la casa de Dios (Ef 3, 19); pues los que estábamos lejos, nos hemos hecho hermanos en la sangre de Cristo (ibíd., 13). Y no tratemos mal a

los que vienen de una región lejana, porque nosotros también estuvimos, como lo enseña Isaías: *Una luz ha brillado para los que habitaban en el país de las sombras de la muerte* (Is 9, 2). El país lejano es el de las sombras de la muerte; sin embargo, nosotros que tenemos al Señor Jesús, como espíritu ante nuestra vista, vivimos a la sombra de Cristo. Y por eso dice la Iglesia: *Yo he deseado estar y sentarme a su sombra* (Ct 2, 3). Y entonces, dice, viviendo lujuriosamente, malgastó todos los adornos de su naturaleza. Y por eso tú, que recibiste la imagen de Dios, que eres semejante a Él, guárdate de destruir esta imagen y esa semejanza por una fealdad irracional. Eres una obra de Dios, por tanto, no digas a un trozo de palo: *Tú eres mi padre* (Jr 2, 27), para que no te hagas semejante a la madera, porque está escrito: *Los que fabrican (ídolos) se hacen semejantes a ellos* (Sal 113, 8).

Aconteció que el hambre empezó a hacerse sentir por aquella región: no un hambre de alimentos, sino la de las buenas obras y la de las virtudes. ¿Qué ayuno más miserable puede existir? Porque el que se aparta de la palabra de Dios, siente una fuerte hambre, ya que *no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios* (Lc 4, 4). El que se aparta de la fuente, se muere de sed; el que se distancia del tesoro, padece necesidad; él que se aleja de la sabiduría, se hace necio, y el que abandona la virtud se destruye a sí mismo. Con razón, pues, el que dejó los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios (Col 2, 3) y se olvidó de mirar a la grandeza de los bienes celestiales, comenzó a pasar necesidad. Y, como consecuencia de esa penuria, le sobrevino el comenzar a sentir hambre, porque el placer al que continuamente se está alimentando, nunca dice basta. El que no sabe saciarse con el alimento que no se corrompe, siempre estará hambriento.

Así, pues, se fue y se puso a servir a uno de los ciudadanos de allí. No hay duda de que el que es esclavo está, de alguna manera, atado. Es fácil ver en este ciudadano la figura del príncipe de este mundo. Poco después es enviado a una granja, que él había comprado, alejándose, por esta causa, del reino (Lc 14, 18ss); y comienza a guardar cerdos; estos animales son precisamente aquellos en los que pide entrar el demonio y a los que precipita en el mar (Mt 8, 32), porque viven entre inmundicia y fetidez.

Y continúa: *Deseaba llenar su vientre de las bellotas.* Realmente, los lujuriosos no se preocupan más que de llenar *su vientre*, ya que éste *es su dios* (Flp 3, 19). Y ¿qué alimento más a propósito para tales hombres, que ése, que, como la bellota, es vano por dentro y suave por fuera, que no tiene por finalidad propia la de alimentar y que de tal manera grava el cuerpo, que resulta más perjudicial que útil?

Hay algunos que quieren ver representados en los puercos las diversas clases de demonios, y en las bellotas, la falsa virtud de los hombres vanos y la vanagloria de sus palabras, las cuales no les sirven de provecho alguno, ya que, por medio de una falsa filosofía, quieren llamar la atención sobre una aparatosidad externa, anteponiendo esto a otra cosa más útil. Pero estos engaños no pueden ser duraderos.

Y por eso *nadie se las daba;* porque estaba en una región donde no tenía a nadie, ya que dicha región no tenía dominio sobre los que allí estaban. En verdad, “todas las naciones son como nada” (Is 40, 17), y sólo Dios es *quien vivifica a los muertos y llama a las cosas que no son como si fueran* (Rm 4, 17).

Y entrado dentro de sí, dijo: ¡Cuántos mercenarios de mi padre tienen pan en abundancia! Con toda razón se puede decir que vuelve en sí el que se había salido de sí mismo pues, en realidad, el que vuelve al Señor, vuelve en sí, y el que se aparta de Cristo, se aleja de sí mismo. Y ¿quiénes son los mercenarios sino aquellos que sirven por la recompensa, esos que proceden de Israel y que buscan, no lo que es bueno, sino lo que ven que puede tener algún provecho para ellos, y están

guiados, no por la fuerza de la virtud, sino por su visión utilitarista? Pero el hilo que lleva en el corazón el sello del Espíritu Santo (Co 1, 22) no busca la ganancia mezquina de un salario terreno, puesto que está en posesión del derecho a la herencia. También son mercenarios los que son enviados a la viña. Y Pedro, y Santiago, a quienes se les dijo: *Venid, os haré pescadores de hombres* (Mt 4, 19) también son mercenarios, pero buenos. Estos no gozan de una abundancia de bellotas, pero sí de pan. Una vez llenaron doce cestos con los trozos que sobraron. ¡Oh, Señor Jesús, quítanos las bellotas y danos pan! —porque, en la casa del Padre, Tú eres el mayordomo— y ¡dígnate hacernos también a nosotros mercenarios, aunque seamos de los de última hora!, ya que te complaces en dar igual salario que a los demás, a los que llamas a la undécima hora, salario que, a pesar de ser igual por lo que a la vida se refiere, se diferencia en lo tocante a la gloria, puesto que no a todos *se les pondrá la corona de justicia*, sino sólo a aquel que pueda decir : *he librado un buen combate* (Tm 4, 17ss).

Por lo cual no me ha parecido bien dejar de decir eso, puesto que sé que hay algunos que sostienen que es bueno esperar a la muerte para recibir el bautismo o la penitencia. Pero ¿acaso sabes tú si en la noche próxima se te va a pedir o no el alma? (Lc 12, 20). Y además, ¿piensas, quizás, que después de no haber hecho nada se te va a dar todo? Aunque tú supongas que tanto la gracia como el salario es para todos igual, con todo, otra cosa distinta es el precio de la victoria, a ese precio al que tendió Pablo y, ciertamente, no en vano, pues él, después de conseguir el salario, luchaba por adquirir el premio (Flp 3, 14) y esto porque sabía que, aunque la paga, en cuestión de gracia, es igual para todos, la palma, sin embargo, es propia de muy pocos.

(*Tratado sobre el Evangelio de San Lucas*, nn. 212-221, BAC, Madrid, 1966, pp. 457-462)

FRANCISCO – Textos sobre la Misericordia

Ángelus, 15 de septiembre de 2013

Jesús es todo misericordia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la liturgia de hoy se lee el capítulo 15 del Evangelio de Lucas, que contiene las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja perdida (Lc 15, 4), la de la moneda extraviada (Lc 15, 8) y después la más larga de las parábolas, típica de san Lucas, la del padre y los dos hijos, el hijo “pródigo” y el hijo que se cree “justo”, que se cree santo (Lc 15, 11). Estas tres parábolas hablan de la alegría de Dios. Dios es alegre. Interesante esto: ¡Dios es alegre! ¿Y cuál es la alegría de Dios? La alegría de Dios es perdonar, ¡la alegría de Dios es perdonar! Es la alegría de un pastor que reencuentra su oveja; la alegría de una mujer que halla su moneda; es la alegría de un padre que vuelve a acoger en casa al hijo que se había perdido, que estaba como muerto y ha vuelto a la vida, ha vuelto a casa. ¡Aquí está todo el Evangelio! ¡Aquí! ¡Aquí está todo el Evangelio, está todo el cristianismo! Pero mirad que no es sentimiento, no es “buenismo”. Al contrario, la misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del “cáncer” que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual. Sólo el amor llena los vacíos, las vorágines negativas que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer esto, y ésta es la alegría de Dios.

Jesús es todo misericordia, Jesús es todo amor: es Dios hecho hombre. Cada uno de nosotros, cada uno de nosotros, es esa oveja perdida, esa moneda perdida; cada uno de nosotros es ese hijo que ha derrochado la propia libertad siguiendo ídolos falsos, espejismos de felicidad, y ha perdido todo. Pero Dios no nos olvida, el Padre no nos abandona nunca. Es un padre paciente, nos espera siempre.

Respeto nuestra libertad, pero permanece siempre fiel. Y cuando volvemos a Él, nos acoge como a hijos, en su casa, porque jamás deja, ni siquiera por un momento, de esperarnos, con amor. Y su corazón está en fiesta por cada hijo que regresa. Está en fiesta porque es alegría. Dios tiene esta alegría, cuando uno de nosotros pecadores va a Él y pide su perdón.

¿El peligro cuál es? Es que presumamos de ser justos, y juzguemos a los demás. Juzguemos también a Dios, porque pensamos que debería castigar a los pecadores, condenarles a muerte, en lugar de perdonar. Entonces sí que nos arriesgamos a permanecer fuera de la casa del Padre. Como ese hermano mayor de la parábola, que en vez de estar contento porque su hermano ha vuelto, se enfada con el padre que le ha acogido y hace fiesta. Si en nuestro corazón no hay la misericordia, la alegría del perdón, no estamos en comunión con Dios, aunque observemos todos los preceptos, porque es el amor lo que salva, no la sola práctica de los preceptos. Es el amor a Dios y al prójimo lo que da cumplimiento a todos los mandamientos. Y éste es el amor de Dios, su alegría: perdonar. ¡Nos espera siempre! Tal vez alguno en su corazón tiene algo grave: “Pero he hecho esto, he hecho aquello...”. ¡Él te espera! Él es padre: ¡siempre nos espera!

Si nosotros vivimos según la ley “ojo por ojo, diente por diente”, nunca salimos de la espiral del mal. El Maligno es listo, y nos hace creer que con nuestra justicia humana podemos salvarnos y salvar el mundo. En realidad sólo la justicia de Dios nos puede salvar. Y la justicia de Dios se ha revelado en la Cruz: la Cruz es el juicio de Dios sobre todos nosotros y sobre este mundo. ¿Pero cómo nos juzga Dios? ¡Dando la vida por nosotros! He aquí el acto supremo de justicia que ha vencido de una vez por todas al Príncipe de este mundo; y este acto supremo de justicia es precisamente también el acto supremo de misericordia. Jesús nos llama a todos a seguir este camino: “Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36). Os pido algo, ahora. En silencio, todos, pensemos... que cada uno piense en una persona con la que no estamos bien, con la que estamos enfadados, a la que no queremos. Pensemos en esa persona y en silencio, en este momento, oremos por esta persona y seamos misericordiosos con esta persona. [Silencio de oración]

Invoquemos ahora la intercesión de María, Madre de la Misericordia.

***Misericordiae Vultus*, Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia**

Viernes 4 y Sábado 5 de marzo

Los confesores están llamados a ser siempre el signo del primado de la misericordia

17. La iniciativa “24 horas para el Señor”, a celebrarse durante el viernes y sábado que anteceden el IV domingo de Cuaresma, se incrementa en las Diócesis. Muchas personas están volviendo a acercarse al sacramento de la Reconciliación y entre ellas muchos jóvenes, quienes en una experiencia semejante suelen reencontrar el camino para volver al Señor, para vivir un momento de intensa oración y redescubrir el sentido de la propia vida. De nuevo ponemos convencidos en el centro el sacramento de la Reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia. Será para cada penitente fuente de verdadera paz interior.

Nunca me cansaré de insistir en que los confesores sean un verdadero signo de la misericordia del Padre. Ser confesores no se improvisa. Se llega a serlo cuando, ante todo, nos hacemos nosotros penitentes en busca de perdón. Nunca olvidemos que ser confesores significa participar de la misma misión de Jesús y ser signo concreto de la continuidad de un amor divino que perdona y que salva. Cada uno de nosotros ha recibido el don del Espíritu Santo para el perdón de los pecados, de esto somos responsables. Ninguno de nosotros es dueño del Sacramento, sino fiel

servidor del perdón de Dios. Cada confesor deberá acoger a los fieles como el padre en la parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo no obstante hubiese dilapidado sus bienes. Los confesores están llamados a abrazar ese hijo arrepentido que vuelve a casa y a manifestar la alegría por haberlo encontrado. No se cansarán de salir al encuentro también del otro hijo que se quedó afuera, incapaz de alegrarse, para explicarle que su juicio severo es injusto y no tiene ningún sentido ante la misericordia del Padre que no conoce confines. No harán preguntas impertinentes, sino como el padre de la parábola interrumpirán el discurso preparado por el hijo pródigo, porque serán capaces de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón. En fin, los confesores están llamados a ser siempre, en todas partes, en cada situación y a pesar de todo, el signo del primado de la misericordia.

Mensaje para la XXXI Jornada Mundial de la Juventud 2016, n. 2

Dios siempre se nos adelanta, nos busca y es el primero que nos encuentra.

El Nuevo Testamento nos habla de la divina misericordia (eleos) como síntesis de la obra que Jesús vino a cumplir en el mundo en el nombre del Padre (cfr. Mt 9, 13). La misericordia de nuestro Señor se manifiesta sobre todo cuando Él se inclina sobre la miseria humana y demuestra su compasión hacia quien necesita comprensión, curación y perdón. Todo en Jesús habla de misericordia, es más, Él mismo es la misericordia.

En el capítulo 15 del Evangelio de Lucas podemos encontrar las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja perdida, de la moneda perdida y aquella que conocemos como la del “hijo pródigo”. En estas tres parábolas nos impresiona la alegría de Dios, la alegría que Él siente cuando encuentra de nuevo al pecador y le perdona. ¡Sí, la alegría de Dios es perdonar! Aquí tenemos la síntesis de todo el Evangelio. «Cada uno de nosotros es esa oveja perdida, esa moneda perdida; cada uno de nosotros es ese hijo que ha derrochado la propia libertad siguiendo ídolos falsos, espejismos de felicidad, y ha perdido todo. Pero Dios no nos olvida, el Padre no nos abandona nunca. Es un padre paciente, nos espera siempre. Respeta nuestra libertad, pero permanece siempre fiel. Y cuando volvemos a Él, nos acoge como a hijos, en su casa, porque jamás deja, ni siquiera por un momento, de esperarnos, con amor. Y su corazón está en fiesta por cada hijo que regresa. Está en fiesta porque es alegría. Dios tiene esta alegría, cuando uno de nosotros pecadores va a Él y pide su perdón» (Ángelus, 15.IX.13).

La misericordia de Dios es muy concreta y todos estamos llamados a experimentar la en primera persona. A la edad de diecisiete años, un día en que tenía que salir con mis amigos, decidí pasar primero por una iglesia. Allí me encontré con un sacerdote que me inspiró una confianza especial, de modo que sentí el deseo de abrir mi corazón en la Confesión. ¡Aquel encuentro me cambió la vida! Descubrí que cuando abrimos el corazón con humildad y transparencia, podemos contemplar de modo muy concreto la misericordia de Dios. Tuve la certeza que en la persona de aquel sacerdote Dios me estaba esperando, antes de que yo diera el primer paso para ir a la iglesia. Nosotros le buscamos, pero es Él quien siempre se nos adelanta, desde siempre nos busca y es el primero que nos encuentra. Quizás alguno de ustedes tiene un peso en el corazón y piensa: He hecho esto, he hecho aquello... ¡No teman! ¡Él les espera! Él es padre: ¡siempre nos espera! ¡Qué hermoso es encontrar en el sacramento de la Reconciliación el abrazo misericordioso del Padre, descubrir el confesionario como lugar de la Misericordia, dejarse tocar por este amor misericordioso del Señor que siempre nos perdona!

Y tú, querido joven, querida joven, ¿has sentido alguna vez en ti esta mirada de amor infinito que, más allá de todos tus pecados, limitaciones y fracasos, continúa fiándose de ti y mirando tu existencia con esperanza? ¿Eres consciente del valor que tienes ante Dios que por amor te ha dado todo? Como nos enseña San Pablo, «la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores» (Rm 5, 8). ¿Pero entendemos de verdad la fuerza de estas palabras?

EL NOMBRE DE DIOS ES MISERICORDIA, IV y V

¿Qué consejos le daría a un sacerdote que se los pidiera, que le preguntara: «Cómo hago para ser un buen confesor»?

Que piense en sus pecados, que escuche con ternura, que le pida al Señor que le dé un corazón misericordioso como el suyo, que no tire nunca la primera piedra porque también él es un pecador necesitado de perdón. Y que trate de parecerse a Dios en su misericordia. Esto es lo que se me ocurre decirle. Debemos ir con la mente y con el corazón a la parábola del hijo pródigo, el más joven de los dos hermanos, que al recibir su parte de la herencia del padre la dilapidó toda llevando una vida disoluta y para sobrevivir se encontró pastoreando cerdos. Admitido su error, regresó a la casa familiar para pedirle a su padre que lo admitiera al menos entre sus siervos, pero el padre, que estaba esperándolo y que escrutaba el horizonte, le salió al encuentro y, antes de que el hijo dijera nada, antes de que admitiera sus pecados, lo abrazó. Esto es el amor de Dios, ésta es su superabundante misericordia. Hay algo sobre lo que meditar, la actitud del hijo mayor, el que se había quedado en casa trabajando con el padre, el que siempre se había portado bien. Él, cuando toma la palabra, es el único que, en el fondo, dice la verdad: «O sea, que yo hace años que te sirvo y no he desobedecido nunca una de tus órdenes, y tú no me has dado jamás un solo cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. Pero ahora que regresa este hijo tuyo, que ha malgastado tu fortuna con prostitutas, para él has matado el becerro gordo» (Lc 15, 29-30). Dice la verdad, pero al mismo tiempo se autoexcluye.

¿Demasiada misericordia?

Hace algunos años, en un colegio del norte de Italia, un profesor de religión explicó en sus clases la parábola del hijo pródigo y después pidió a los chicos que escribieran un texto reescribiendo la historia que acababan de escuchar. El final escogido por la inmensa mayoría de los alumnos fue éste: el padre recibe al hijo pródigo, lo castiga severamente y lo obliga a vivir con sus siervos. Así, éste aprende a no despilfarrar todas las riquezas de la familia.

Pero ésta es una reacción humana. La reacción del hijo mayor es humana. En cambio, la misericordia de Dios es divina.

¿Cómo se afronta el complejo del hijo mayor de la parábola? A veces se oye decir que en la Iglesia hay demasiada misericordia. La Iglesia debe condenar el pecado...

La Iglesia condena el pecado porque debe decir la verdad. Dice: «Esto es un pecado». Pero al mismo tiempo abraza al pecador que se reconoce como tal, se acerca a él, le habla de la misericordia infinita de Dios. Jesús ha perdonado incluso a aquellos que lo colgaron en la cruz y lo despreciaron. Debemos volver al Evangelio. Allí vemos que no se habla tan sólo de bienvenida o de perdón, sino que se habla de una «fiesta» para el hijo que regresa. La expresión de la misericordia es la alegría de la fiesta, que encontramos bien expresada en el Evangelio de san Lucas: «Habrà más alegría en el cielo por un pecador convertido que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión» (Lc 15,

7). No dice: ¡y si después fuera a recaer, volver atrás, cometer más pecados, que se las apañe solo! No, pues a Pedro, que le preguntaba cuántas veces había que perdonar, Jesús le dijo: «Setenta veces siete» (Mt 18, 22), es decir, siempre. Al hijo mayor del padre misericordioso le ha sido permitido decir la verdad sobre lo que ha sucedido, aunque no lo entendiera, entre otras cosas porque el otro hermano cuando ha empezado a acusar no ha tenido tiempo de hablar: el padre lo ha callado y lo ha abrazado. Precisamente porque existe en el mundo el pecado, precisamente porque nuestra naturaleza humana está herida por el pecado original, Dios, que ha entregado a su Hijo por nosotros, no puede más que revelarse como misericordia. Dios es un padre premuroso, atento, dispuesto a acoger a cualquier persona que dé un paso adelante o que tenga el deseo de dar un paso hacia casa. Él está allí contemplando el horizonte, nos aguarda, nos está ya esperando. Ningún pecado humano, por muy grave que sea, puede prevalecer sobre la misericordia o limitarla. Obispo de Vittorio Veneto desde hace algunos años, Albino Luciani celebra ejercicios con los sacerdotes y, comentando la parábola del hijo pródigo, dijo a propósito del Padre: «Él espera. Siempre. Y nunca es demasiado tarde. Es así, Él es así..., es Padre. Un padre que espera en la puerta. Que nos ve cuando aún estamos lejos y se conmueve, y corriendo se echa en nuestros brazos y nos besa tiernamente... Nuestro pecado entonces se convierte casi en una joya que le podemos regalar para proporcionarle el consuelo de perdonar... ¡Quedamos como caballeros cuando se regalan joyas, y no es derrota, sino gozosa victoria dejar ganar a Dios!».

Siguiendo al Señor, la Iglesia está llamada a difundir su misericordia sobre todos aquellos que se reconocen pecadores, responsables del mal realizado, que se sienten necesitados de perdón. La Iglesia no está en el mundo para condenar, sino para permitir el encuentro con ese amor visceral que es la misericordia de Dios. Para que eso suceda, lo repito a menudo, hace falta salir. Salir de las iglesias y de las parroquias, salir e ir a buscar a las personas allí donde viven, donde sufren, donde esperan. El hospital de campo, la imagen con la que me gusta describir esta «Iglesia emergente», tiene la característica de aparecer allí donde se combate: no es la estructura sólida, dotada de todo, donde vamos a curarnos las pequeñas y las grandes enfermedades. Es una estructura móvil, de primeros auxilios, de emergencia, para evitar que los combatientes mueran. Se practica la medicina de urgencia, no se hacen check-up especializados. Espero que el Jubileo extraordinario haga emerger más aún el rostro de una Iglesia que descubre las vísceras maternas de la misericordia y que sale al encuentro de los muchos «heridos» que necesitan atención, comprensión, perdón y amor.

Regreso a casa

28 de marzo de 2014

“Si quieres conocer la ternura de un padre, prueba a dirigirte a Dios. Prueba, ¡y después me cuentas!”. Es el consejo espiritual que el Papa Francisco dio en la misa que celebró el viernes 28 de marzo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Por más pecados que hayamos cometido, afirmó el Pontífice, Dios nos espera siempre y está dispuesto a acogernos y hacer fiesta con nosotros y por nosotros. Porque es un Padre que jamás se cansa de perdonar y no tiene en cuenta si, al final, el “balance” es negativo: Dios no sabe hacer otra cosa que amar.

Esta actitud, explicó el Papa, se describe bien en la primera lectura de la liturgia, tomada del libro del profeta Oseas (Os 14, 2-10). Es un texto que “nos habla de la nostalgia que Dios, nuestro Padre, siente por todos nosotros que nos hemos ido lejos y nos hemos alejado de Él”. Sin embargo, “¡con cuánta ternura nos habla!”.

Y el Pontífice quiso remarcar precisamente la ternura del Padre. “Cuando oímos la palabra que nos invita a la conversión -¡convertíos!-, quizá nos parezca algo fuerte, porque nos dice que tenemos que cambiar de vida, es verdad”. Pero dentro de la palabra conversión está precisamente “esta nostalgia amorosa de Dios”. Es la palabra apasionada de un “Padre que dice a su hijo: vuelve, vuelve, ¡es hora de volver a casa!”.

“Solamente con esta palabra podemos pasar muchas horas en oración”, afirmó el Pontífice, notando cómo “Dios no se cansa” nunca: lo vemos en “tantos siglos” y “con muchas apostasías del pueblo”. Sin embargo, “Él regresa siempre, porque nuestro Dios es un Dios que espera”. Y así también “Adán salió del Paraíso con una pena y también con una promesa. Y el Señor es fiel a su promesa, porque no puede negarse a sí mismo, ¡es fiel!”.

Por esta razón “Dios nos ha esperado a todos nosotros, a lo largo de la historia”. En efecto, “es un Dios que nos espera siempre”. Y, al respecto, el Papa invitó a contemplar “el hermoso icono del padre y del hijo pródigo”. El evangelio de Lucas (Lc 15, 11-32) “nos dice que el padre vio al hijo desde lejos, porque lo esperaba y todos los días iba a la terraza para ver si volvía su hijo”. El padre, pues, esperaba el regreso de su hijo, y así, “cuando lo vio llegar, salió corriendo y se echó a su cuello”. El hijo, en el camino de retorno, había preparado incluso las palabras que iba a decir para presentarse de nuevo en casa: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero “el padre no lo dejó hablar”, y “con su abrazo le tapó la boca”.

La parábola de Jesús nos permite comprender quién “es nuestro Padre: el Dios que nos espera siempre”. Alguien podría decir: “Pero padre, ¡yo tengo tantos pecados que no sé si Él estará contento!”. La respuesta del Papa es: “¡Prueba! Si quieres conocer la ternura de este Padre, ¡ve a Él y prueba! Después, me cuentas”. Porque “el Dios que nos espera es también el Dios que perdona: el Dios de la misericordia”. Y “no se cansa de perdonar; somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Pero Él no se cansa: ¡setenta veces siete! ¡Siempre! ¡Adelante con el perdón!”.

Ciertamente, prosiguió el Papa, “desde el punto de vista de una empresa el balance es negativo, ¡es verdad! Él pierde siempre, pierde en el balance de las cosas. Pero gana en el amor, porque Él es el primero que cumple el mandamiento del amor: Él ama, ¡no sabe hacer otra cosa!”, como recuerda el pasaje evangélico de la liturgia del día (Mc 12, 28-34).

Es un Dios que nos dice, como se lee en el libro de Oseas: “Yo te sanaré porque mi cólera se ha alejado de ti”. Así habla Dios: “¡Yo te llamo para sanarte!”. Hasta tal punto que, explicó el Pontífice, “los milagros que Jesús hacía a muchos enfermos eran también un signo del gran milagro que cada día el Señor nos hace a nosotros cuando tenemos la valentía de levantarnos e ir a Él”.

El Dios que espera y perdona es también “el Dios que hace fiesta”, pero no organizando un banquete, como “aquel hombre rico en cuyo portal estaba el pobre Lázaro. No, ¡esa fiesta no le agrada!”, afirmó el Santo Padre. En cambio, Dios prepara “otro banquete, como el padre del hijo pródigo”. En el texto de Oseas, explicó, Dios nos dice que “también tú florecerás como el lirio”. Es su promesa: hará fiesta por ti, hasta tal punto que “brotarán tus retoños y tendrás el esplendor del olivo y la fragancia del Líbano”.

El Papa Francisco concluyó su meditación reafirmando que “la vida de toda persona, de todo hombre y de toda mujer que tiene la valentía de acercarse al Señor, encontrará la alegría de la fiesta de Dios”. De ahí su deseo final: “Que estas palabras nos ayuden a pensar en nuestro Padre, el Padre que nos espera siempre, que nos perdona siempre y que hace fiesta cuando volvemos”.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

2007

Domingo 16 de septiembre

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la liturgia vuelve a proponer a nuestra meditación el capítulo XV del evangelio de san Lucas, una de las páginas más elevadas y conmovedoras de toda la sagrada Escritura. Es hermoso pensar que en todo el mundo, dondequiera que la comunidad cristiana se reúne para celebrar la Eucaristía dominical, resuena hoy esta buena nueva de verdad y de salvación: Dios es amor misericordioso. El evangelista san Lucas recogió en este capítulo tres parábolas sobre la misericordia divina: las dos más breves, que tiene en común con san Mateo y san Marcos, son las de la oveja perdida y la moneda perdida; la tercera, larga, articulada y sólo recogida por él, es la célebre parábola del Padre misericordioso, llamada habitualmente del “hijo pródigo”.

En esta página evangélica nos parece escuchar la voz de Jesús, que nos revela el rostro del Padre suyo y Padre nuestro. En el fondo, vino al mundo para hablarnos del Padre, para darnoslo a conocer a nosotros, hijos perdidos, y para suscitar en nuestro corazón la alegría de pertenecerle, la esperanza de ser perdonados y de recuperar nuestra plena dignidad, y el deseo de habitar para siempre en su casa, que es también nuestra casa.

Jesús narró las tres parábolas de la misericordia porque los fariseos y los escribas hablaban mal de él, al ver que permitía que los pecadores se le acercaran, e incluso comía con ellos (cf. Lc 15, 1-3). Entonces explicó, con su lenguaje típico, que Dios no quiere que se pierda ni siquiera uno de sus hijos y que su corazón rebosa de alegría cuando un pecador se convierte.

La verdadera religión consiste, por tanto, en entrar en sintonía con este Corazón “rico en misericordia”, que nos pide amar a todos, incluso a los lejanos y a los enemigos, imitando al Padre celestial, que respeta la libertad de cada uno y atrae a todos hacia sí con la fuerza invencible de su fidelidad. El camino que Jesús muestra a los que quieren ser sus discípulos es este: “No juzguéis..., no condenéis...; perdonad y seréis perdonados...; dad y se os dará; sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36-38). En estas palabras encontramos indicaciones muy concretas para nuestro comportamiento diario de creyentes.

En nuestro tiempo, la humanidad necesita que se proclame y testimonie con vigor la misericordia de Dios. El amado Juan Pablo II, que fue un gran apóstol de la Misericordia divina, intuyó de modo profético esta urgencia pastoral. Dedicó al Padre misericordioso su segunda encíclica, y durante todo su pontificado se hizo misionero del amor de Dios a todos los pueblos. Después de los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, que oscurecieron el alba del tercer milenio, invitó a los cristianos y a los hombres de buena voluntad a creer que la misericordia de Dios es más fuerte que cualquier mal, y que sólo en la cruz de Cristo se encuentra la salvación del mundo.

La Virgen María, Madre de la Misericordia, a quien ayer contemplamos como Virgen de los Dolores al pie de la cruz, nos obtenga el don de confiar siempre en el amor de Dios y nos ayude a ser misericordiosos como nuestro Padre que está en los cielos.

2010

Domingo 14 de marzo

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto domingo de Cuaresma se proclama el Evangelio del padre y de los dos hijos, más conocido como parábola del “hijo pródigo” (Lc 15,11-32). Este pasaje de san Lucas constituye una cima de la espiritualidad y de la literatura de todos los tiempos. En efecto, ¿qué serían nuestra cultura, el arte, y más en general nuestra civilización, sin esta revelación de un Dios Padre lleno de misericordia? No deja nunca de conmovernos, y cada vez que la escuchamos o la leemos tiene la capacidad de sugerirnos significados siempre nuevos. Este texto evangélico tiene, sobre todo, el poder de hablarnos de Dios, de darnos a conocer su rostro, mejor aún, su corazón. Desde que Jesús nos habló del Padre misericordioso, las cosas ya no son como antes; ahora conocemos a Dios: es nuestro Padre, que por amor nos ha creado libres y dotados de conciencia, que sufre si nos perdemos y que hace fiesta si regresamos. Por esto, la relación con él se construye a través de una historia, como le sucede a todo hijo con sus padres: al inicio depende de ellos; después reivindica su propia autonomía; y por último —si se da un desarrollo positivo— llega a una relación madura, basada en el agradecimiento y en el amor auténtico.

En estas etapas podemos ver también momentos del camino del hombre en la relación con Dios. Puede haber una fase que es como la infancia: una religión impulsada por la necesidad, por la dependencia. A medida que el hombre crece y se emancipa, quiere liberarse de esta sumisión y llegar a ser libre, adulto, capaz de regularse por sí mismo y de hacer sus propias opciones de manera autónoma, pensando incluso que puede prescindir de Dios. Esta fase es muy delicada: puede llevar al ateísmo, pero con frecuencia esto esconde también la exigencia de descubrir el auténtico rostro de Dios. Por suerte para nosotros, Dios siempre es fiel y, aunque nos alejemos y nos perdamos, no deja de seguirnos con su amor, perdonando nuestros errores y hablando interiormente a nuestra conciencia para volvernos a atraer hacia sí. En la parábola los dos hijos se comportan de manera opuesta: el menor se va y cae cada vez más bajo, mientras que el mayor se queda en casa, pero también él tiene una relación inmadura con el Padre; de hecho, cuando regresa su hermano, el mayor no se muestra feliz como el Padre; más aún, se irrita y no quiere volver a entrar en la casa. Los dos hijos representan dos modos inmaduros de relacionarse con Dios: la rebelión y una obediencia infantil. Ambas formas se superan a través de la experiencia de la misericordia. Sólo experimentando el perdón, reconociendo que somos amados con un amor gratuito, mayor que nuestra miseria, pero también que nuestra justicia, entramos por fin en una relación verdaderamente filial y libre con Dios.

Queridos amigos, meditemos esta parábola. Identifiquémonos con los dos hijos y, sobre todo, contemplemos el corazón del Padre. Arrojámonos en sus brazos y dejémonos regenerar por su amor misericordioso. Que nos ayude en esto la Virgen María, *Mater misericordiae*.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Hijo pródigo

1439. El proceso de la conversión y de la penitencia fue descrito maravillosamente por Jesús en la parábola llamada “del hijo pródigo”, cuyo centro es “el Padre misericordioso” (Lc 15,11-24): la fascinación de una libertad ilusoria, el abandono de la casa paterna; la miseria extrema en que el hijo se encuentra tras haber dilapidado su fortuna; la humillación profunda de verse obligado a apacentar cerdos, y peor aún, la de desear alimentarse de las algarrobas que comían los cerdos; la reflexión sobre los bienes perdidos; el arrepentimiento y la decisión de declararse culpable ante su padre, el

camino del retorno; la acogida generosa del padre; la alegría del padre: todos estos son rasgos propios del proceso de conversión. El mejor vestido, el anillo y el banquete de fiesta son símbolos de esta vida nueva, pura, digna, llena de alegría que es la vida del hombre que vuelve a Dios y al seno de su familia, que es la Iglesia. Sólo el corazón de Cristo que conoce las profundidades del amor de su Padre, pudo revelarnos el abismo de su misericordia de una manera tan llena de simplicidad y de belleza.

1465. Cuando celebra el sacramento de la Penitencia, el sacerdote ejerce el ministerio del Buen Pastor que busca la oveja perdida, el del Buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que espera al Hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo Juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra, el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador.

1481. La liturgia bizantina posee expresiones diversas de absolución, en forma deprecativa, que expresan admirablemente el misterio del perdón: “Que el Dios que por el profeta Natán perdonó a David cuando confesó sus pecados, y a Pedro cuando lloró amargamente y a la pecadora cuando derramó lágrimas sobre sus pies, y al publicano, y al pródigo, que este mismo Dios, por medio de mí, pecador, os perdone en esta vida y en la otra y que os haga comparecer sin condenaros en su temible tribunal. El que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.”

CAPITULO PRIMERO: LA DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

1700. La dignidad de la persona humana está enraizada en su creación a imagen y semejanza de Dios (artículo 1); se realiza en su vocación a la bienaventuranza divina (artículo 2). Corresponde al ser humano llegar libremente a esta realización (artículo 3). Por sus actos deliberados (artículo 4), la persona humana se conforma, o no se conforma, al bien prometido por Dios y atestiguado por la conciencia moral (artículo 5). Los seres humanos se edifican a sí mismos y crecen desde el interior: hacen de toda su vida sensible y espiritual un material de su crecimiento (artículo 6). Con la ayuda de la gracia crecen en la virtud (artículo 7), evitan el pecado y, si lo cometen, recurren como el hijo pródigo (cf. Lc 15,11-31) a la misericordia de nuestro Padre del cielo (artículo 8). Así acceden a la perfección de la caridad.

Perdona nuestras ofensas

2839. Con una audaz confianza hemos empezado a orar a nuestro Padre. Suplicándole que su Nombre sea santificado, le hemos pedido que seamos cada vez más santificados. Pero, aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de separarnos de Dios. Ahora, en esta nueva petición, nos volvemos a él, como el hijo pródigo (cf Lc 15, 11-32) y nos reconocemos pecadores ante él como el publicano (cf Lc 18, 13). Nuestra petición empieza con una “confesión” en la que afirmamos al mismo tiempo nuestra miseria y su Misericordia. Nuestra esperanza es firme porque, en su Hijo, “tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados” (Col 1, 14; Ef 1, 7). El signo eficaz e indudable de su perdón lo encontramos en los sacramentos de su Iglesia (cf Mt 26, 28; Jn 20, 23).

Dios es fiel a sus promesas

207. Al revelar su nombre, Dios revela, al mismo tiempo, su fidelidad que es de siempre y para siempre, valedera para el pasado (“Yo soy el Dios de tus padres”, Ex 3,6) como para el porvenir (“Yo estaré contigo”, Ex 3,12). Dios que revela su nombre como “Yo soy” se revela como el Dios que está siempre allí, presente junto a su pueblo para salvarlo.

Solo Dios ES

212. En el transcurso de los siglos, la fe de Israel pudo desarrollar y profundizar las riquezas contenidas en la revelación del Nombre divino. Dios es único; fuera de él no hay dioses (cf. Is 44,6). Dios trasciende el mundo y la historia. Él es quien ha hecho el cielo y la tierra: “Ellos perecen, mas tú quedas, todos ellos como la ropa se desgastan...pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años” (Sal 102,27-28). En él “no hay cambios ni sombras de rotaciones” (St 1,17). Él es “El que es”, desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas.

DIOS, “EL QUE ES”, ES VERDAD Y AMOR

214. Dios, “El que es”, se reveló a Israel como el que es “rico en amor y fidelidad” (Ex 34,6). Estos dos términos expresan de forma condensada las riquezas del Nombre divino. En todas sus obras, Dios muestra su benevolencia, su bondad, su gracia, su amor; pero también su fiabilidad, su constancia, su fidelidad, su verdad. “Doy gracias a tu nombre por tu amor y tu verdad” (Sal 138,2; cf. Sal 85,11). Él es la Verdad, porque “Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna” (1 Jn 1,5); él es “Amor”, como lo enseña el apóstol Juan (1 Jn 4,8).

Dios perdona los pecados; los pecadores son reintegrados a la comunidad

Sólo Dios perdona el pecado

1441. Sólo Dios perdona los pecados (cf Mc 2,7). Porque Jesús es el Hijo de Dios, dice de sí mismo: “El Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados en la tierra” (Mc 2,10) y ejerce ese poder divino: “Tus pecados están perdonados” (Mc 2,5; Lc 7,48). Más aún, en virtud de su autoridad divina, Jesús confiere este poder a los hombres (cf Jn 20,21-23) para que lo ejerzan en su nombre.

Reconciliación con la Iglesia

1443. Durante su vida pública, Jesús no sólo perdonó los pecados, también manifestó el efecto de este perdón: a los pecadores que son perdonados los vuelve a integrar en la comunidad del pueblo de Dios, de donde el pecado los había alejado o incluso excluido. Un signo manifiesto de ello es el hecho de que Jesús admite a los pecadores a su mesa, más aún, él mismo se sienta a su mesa, gesto que expresa de manera conmovedora, a la vez, el perdón de Dios (cf Lc 15) y el retorno al seno del pueblo de Dios (cf Lc 19,9).

La puerta del perdón está siempre abierta para los que se arrepienten

982. No hay ninguna falta por grave que sea que la Iglesia no pueda perdonar. “No hay nadie, tan perverso y tan culpable, que no deba esperar con confianza su perdón siempre que su arrepentimiento sea sincero” (Catech. R. 1, 11, 5). Cristo, que ha muerto por todos los hombres, quiere que, en su Iglesia, estén siempre abiertas las puertas del perdón a cualquiera que vuelva del pecado (cf. Mt 18, 21-22).

El pan cotidiano de Israel es el fruto de la Tierra prometida

1334. En la Antigua Alianza, el pan y el vino eran ofrecidos como sacrificio entre las primicias de la tierra en señal de reconocimiento al Creador. Pero reciben también una nueva significación en el contexto del Éxodo: los panes ácidos que Israel come cada año en la Pascua conmemoran la salida apresurada y liberadora de Egipto. El recuerdo del maná del desierto sugerirá siempre a Israel que vive del pan de la Palabra de Dios (Dt 8,3). Finalmente, el pan de cada día es el fruto de la Tierra prometida, prenda de la fidelidad de Dios a sus promesas. El “cáliz de bendición” (1 Co 10,16), al final del banquete pascual de los judíos, añade a la alegría festiva del vino una dimensión escatológica, la de la espera mesiánica del restablecimiento de Jerusalén. Jesús instituyó su Eucaristía dando un sentido nuevo y definitivo a la bendición del pan y del cáliz.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Me levantaré e iré a casa de mi padre

El Evangelio de hoy es la parábola del hijo pródigo. Esta parábola no se puede mejorar con nuestras palabras de comentario, se puede sólo estropear. Es una historia y como tal tiene que ser escuchada. Entonces, mi papel será el de prestar la voz a Jesús para que él la haga resonar de nuevo hoy en medio de nosotros, Sólo me pararé, después de cada párrafo, para hacer algún breve subrayado y no dejar de lado ciertos detalles importantes.

«Jesús les dijo...: Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte que me toca de la fortuna’. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente».

¡Cuánta tristeza hay en esta primera escena! Ni una palabra de gratitud por parte del hijo al Padre. Ni un pensamiento por el sudor que, posiblemente, le costó al padre poner toda esta herencia junta. El padre queda reducido a ser un transmisor del patrimonio. El patrimonio del padre es todo lo que le interesa a este hijo, no los consejos, los valores, los afectos. Pide su parte de la herencia como si el padre estuviese ya muerto. La herencia, «que me toca»: se acuerda de ser hijo sólo para reivindicar su derecho a la herencia.

Jesús no ha inventado la historia, que narra en su parábola desde la nada: la ha sacado, más bien, de la vida. Se trata, por lo demás, de una situación hoy bastante más frecuente que en sus tiempos. Muchachos que se van de casa dando un portazo; que consumen en la droga o en otros desórdenes el patrimonio paterno, y, después, cuando han consumido el dinero, vuelven de nuevo sin vergüenza, frecuentemente para pedir más, no para pedir perdón. No insisto sobre esto porque la realidad, sobre este punto, es siempre más variada y más triste de cuanto podamos imaginar y son muchos los padres que tienen experiencia de ello. Prosigamos con la lectura:

«Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer».

Ahora, sabemos qué pretendía hacer aquel hijo con su parte de herencia. No servirse de ella como base para construirse él mismo algo en la vida sino para «vivir perdidamente». (El hermano mayor, más tarde, explicará que «se ha comido tus bienes con malas mujeres»). El resultado en estos casos es el de siempre: terminado el dinero, se acabaron los amigos. El muchacho se encuentra sólo, desprovisto de todo, apacentando cerdos. Es cierto que hoy este no es el trabajo más atractivo para un joven; pero, para un hebreo de aquel tiempo era verdaderamente la mayor degradación, porque el cerdo era considerado como un animal inmundo. Leemos aún:

«Recapitando entonces, se dijo: ‘Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me ‘pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros’. Se puso en camino a donde estaba su padre».

Al principio del cambio hay un momento en el que el joven «entra en sí mismo», esto es, recapacita. A partir del instante en el que se dice dentro de sí mismo: «he pecado» ya es una persona nueva. Todo lo que sigue no es más que un seguir la decisión tomada. A veces, cuántas cosas

extraordinarias surgen por la valentía de volver a entrar dentro de uno mismo, de ponerse al desnudo frente a la propia conciencia. Vayamos adelante:

«Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo’».

Si su padre lo vio «cuando todavía estaba lejos» desde ese momento el protagonista ya no es más el hijo sino el padre; y ello es porque desde el día en que el hijo había partido no había cesado de mirar hacia el horizonte. «Se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo». Ahora, no hay ninguna alusión a su pena, a sus razones, ningún reproche. No le retiene el sentido de dignidad, que le evitaría a un anciano el ponerse a correr. Son sus vísceras paternas las que mandan.

Rembrandt ha plasmado en un famoso cuadro el momento en el que el hijo se arroja a los pies del padre para hacer su confesión. En él llama la atención el vigor del rostro del padre y la ternura con que apoya sus dos manos sobre las espaldas del muchacho. De todo lo que consigo se llevó de su casa no le queda al joven, en este cuadro, más que el puñal (que en aquel tiempo todos llevaban para defenderse de las fieras), un vestido destrozado y unas sandalias, que ya no están puestas ni en los pies. Desde esta imagen se entiende el porqué de lo que sigue en la parábola:

«El padre dijo a sus criados: ‘Sacad en seguida el mejor traje y vestidlo; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado’. Y empezaron el banquete».

En esta parábola, todo es sorprendente. Nunca Dios había sido pintado con estos trazos para los hombres. Ha tocado más corazones por sí sola esta parábola que todos los discursos de los predicadores puestos juntos. Tiene un poder increíble para actuar sobre la mente, sobre el corazón, sobre la fantasía, sobre la memoria. Sabe tocar las cuerdas más diversas: el sentimiento, la vergüenza, la nostalgia.

Jesús no ha debido inventar esta imagen de Dios desde la nada; la ha chupado, por así decirlo, con la leche materna. Él ha llevado a la perfección, como Hijo «que está en el seno del Padre», la idea de Dios, que se hace patente en los momentos más encumbrados de la revelación bíblica. En los profetas se habla de un Dios, que da «un vuelco a su corazón», que siente «estremecer las vísceras de compasión» cada vez que se acuerda de Efraín, su hijo primogénito, que no muestra su rostro desdeñado y no conserva para siempre la cólera, sino que se complace de tener misericordia.

Es éste posiblemente el vínculo más profundo que existe entre hebreos y cristianos. No tenemos en común sólo al mismo «padre Abrahán» sino al mismo «Dios Padre». El mismo rostro paterno de Dios brilla y aclara esto. No estamos unidos sólo por el hecho de que unos y otros adoramos a un Dios único y somos dos religiones monoteístas sino, más aún, por la idea de que unos y otros tenemos de este Dios único: un Dios lleno de ternura y de compasión.

En nuestra parábola se habla de un hijo mayor, que permanece en casa y que se resiente, más bien, por la actitud, según él, demasiado débil del padre hacia el hijo menor. En el pasado, a veces, se ha pensado que este «hermano mayor» de la parábola estaba ahí para indicar al pueblo hebreo, celoso del hecho de que Jesús se dirigía a los paganos y a los pecadores. Pero, esto no es exacto. ¡No es cierto en este sentido negativo que Juan Pablo II, en la sinagoga de Roma, ha llamado a los hebreos «nuestros hermanos mayores»! Hermanos mayores porque eran creyentes antes que nosotros en el mismo Dios, en el que nosotros creemos.

De hermanos mayores, en el sentido negativo de la parábola, entre los hebreos los había ciertamente en el tiempo de Jesús. Eran algunos escribas y fariseos intransigentes, cuidadores de la Ley, tacaños y cerrados a toda perspectiva de universalidad de la salvación. Aquellos, a los que Jesús dirigió un día aquella dura frase: «Id, pues, a aprender qué significa: ‘Misericordia quiero, que no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores’» (*Mateo 9,13*). Pero, de estos «hermanos mayores» los hay, también, entre nosotros los cristianos y, a veces, por desgracia dentro del mismo confesonario, entre los que debieran personificar, en aquel momento, al padre de la parábola y no al hermano mayor ceñudo y lleno de reproches. El padre es aquel al que importa una sola cosa: que el hijo ha vuelto; el hermano mayor es aquel a quien lo que le importa es «que se ha comido sus bienes con malas mujeres». Frecuentemente, es un falso sentido de la justicia, debido a la formación recibida o al temperamento, para determinar una actitud de intransigencia. Son personas rigurosas consigo y con los demás, mientras que el Evangelio nos quiere rigurosos con nosotros mismos, pero, misericordiosos con los demás.

Hay cristianos que alguna vez han tenido alguna experiencia negativa en este campo y desde aquel día juraron no confesarse más y, desgraciadamente, han mantenido este propósito. Pero, no es justo privarse de un don tal por un incidente del género. En este tiempo de preparación a la Pascua, en el corazón de muchos debiera aflorar más bien el propósito del muchacho de la parábola: «Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado».

¡Cuántos han hecho con el sacramento de la reconciliación la misma experiencia del hijo pródigo! Es una de las alegrías y de los recuerdos más bellos en la vida de un sacerdote. Personas, que se levantan y se alejan con las lágrimas, renacidos literalmente a una nueva vida y que a veces dicen abiertamente: «Yo estaba muerto y he vuelto a la vida». La Eucaristía es el banquete de fiesta, que Dios prepara para cada hijo que vuelve. No es necesario abandonarla durante largo tiempo simplemente porque se tiene hastío de confesarse.

Termino con las palabras de Pablo en la segunda lectura de hoy, que son la mejor conclusión a la parábola: «Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, ya nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Un Dios que perdona

Es muy oportuno meditar esta página de san Lucas durante la Cuaresma. Jesús muestra, no sólo a los escribas y fariseos que murmuraban de Él entonces, sino a la humanidad de todos los tiempos, qué significan los Mandamientos y cómo es el corazón de Dios. De la mano del Santo Padre, Juan Pablo II, meditamos brevemente sobre esta parábola. Asistidos por el Espíritu Santo, concluiremos con el Papa, que Dios es un Padre amantísimo de sus hijos los hombres y que nuestro único verdadero mal es apartarnos de Él.

El hombre, todo hombre –afirma Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica “Reconciliación y Penitencia”–, **es este hijo pródigo: hechizado por la tentación de separarse del Padre para vivir independientemente la propia existencia; caído en la tentación; desilusionado por el vacío que, como espejismo, lo había fascinado; solo, deshonrado, explotado mientras buscaba construirse un mundo todo para sí; atormentado incluso desde el fondo de la propia miseria por el deseo de volver a la comunión con el Padre. Como el padre de la parábola, Dios**

anhela el regreso del hijo, lo abraza a su llegada y adereza la mesa para el banquete del nuevo encuentro, con el que se festeja la reconciliación.

Sin embargo, parece que necesitamos reconvencernos una y otra vez de que nuestro Creador y Señor es verdaderamente bueno y digno de toda confianza. Será preciso comprender, que si no lo vemos lleno de bondad es posiblemente porque vivimos apegados a nuestras apetencias, fijos los ojos en esos otros bienes que tenemos o que deseamos, pero que ni son Dios ni a Dios conducen. Por el contrario, “hechizados” –según dice gráficamente el Santo Padre– por unos bienes pasajeros, nos desviamos del camino que ha dispuesto nuestro Padre del Cielo para llegar a Él. Es muy conveniente que nos sintamos protagonistas de la parábola evangélica encarnando la figura del hijo menor. Es preciso sentirnos aludidos, reconocer que, más de una vez, nos importó poco el ambiente acogedor de la vida cristiana –que por momentos se nos hacía odioso– y las costumbres de la Iglesia: el hogar en la tierra de nuestro Padre del Cielo.

A veces, en efecto, nos sucede como al hijo menor de la parábola: soñamos con ideales de vida que son ajenos al querer de Quien nos pensó, y nos dio la vida y todos nuestros talentos. Nos consta su bondad al vernos en el lugar de privilegio que, según su voluntad, ocupamos en este mundo frente al resto de la creación. Estamos convencidos también, como aquel hijo menor, de que nunca nos faltará lo necesario para ser felices si somos fieles, porque vivimos con un Padre bueno. Sin embargo, de cuando en cuando nos ciegan las pasiones y se apodera de nosotros el orgullo: desconfiamos de Dios para hacer nuestro antojo: comodidad, independencia, autonomía, prestigio, fama, riquezas, sensualidad, honores, poder, orgullo, etc., que en ese momento preferimos a su voluntad.

Al poco tiempo –muchos años es también poco tiempo en la historia del mundo– vamos a experimentar necesariamente el hastío. Sucede siempre –sólo nos puede saciar Dios–, que cualquier otro ideal logrado, distinto de Él mismo, nos acaba pareciendo pequeño. Y no es raro que la injusticia propia de las obras sin Dios, se vuelva contra el injusto y acabemos pagando en propia carne las consecuencias de nuestros desvaríos. Así sucede a los egoístas, que son tristes; a los que mienten, que pierden credibilidad; a los orgullosos, que se quedan solos... Como a aquel hijo menor, las consecuencias de los propios pecados nos harán sufrir.

Que la dolorosa experiencia de la poquedad la personal, con la tristeza que le acompaña, nos haga recapacitar, como recapacitó aquel otro hijo, y que volvamos arrepentidos cada vez que sea preciso al sacramento de la Penitencia. Nuestro Padre Dios nos espera siempre y nuestra Madre se alegra lo increíble con nuestro regreso.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

“Padre pequé”: El Sacramento de la reconciliación

Hoy hemos escuchado una de las páginas más queridas del Evangelio: la parábola del hijo pródigo. Esta parábola puede leerse desde varios puntos de vista. Si tomamos como hilo conductor la figura del padre, ésta nos habla de la misericordia ilimitada y tiernísima de Dios y nos dice también, indirectamente, cómo debe comportarse quien representa, en la tierra, a ese Padre perdonador (el ministro de la reconciliación). Si tomamos como hilo conductor la figura del hijo mayor, la parábola nos enseña cómo no deben comportarse «los otros» en la Iglesia, los justos, verdaderos o supuestamente tales, respecto de quien se ha equivocado. Si tomamos como hilo conductor la figura del hijo menor, la parábola nos describe el itinerario ejemplar de una reconciliación.

La intención de la liturgia es que la leamos bajo esta última luz; de hecho, en la segunda lectura nos hizo oír la invitación acongojada del Apóstol que dice: *les suplicamos en nombre de Cristo: déjense reconciliar con Dios*. Estamos en el corazón de la Cuaresma que es el tiempo propicio para la conversión y la Iglesia nos propone hoy una catequesis sobre el sacramento de la reconciliación; quiere hacernos llegar purificados a la Pascua y nos indica el camino privilegiado para dicha purificación. En la parábola, el pecador dice directamente al Padre: ¡pequé!; pero ya Pablo, en la segunda lectura, introduce en este cuadro la mediación histórica de Cristo y la sacramental de la Iglesia: *Y todo esto —dice— procede de Dios, que nos reconcilió con él por intermedio de Cristo y nos confió* (o sea a los apóstoles, a la Iglesia) *el ministerio de la reconciliación*. Léida bajo esta luz, la parábola del hijo pródigo nos resulta una especie de sacramento de la Penitencia en acción, con la confesión en el centro («¡Padre, pequé!») y al final la absolución («Este hijo ha vuelto a la vida»).

La Confesión es un sacramento en crisis; «crisis de identidad» la llamaron algunos teólogos, en el sentido de que el cristiano experimenta cada vez con mayor intensidad la inadecuación de estas instituciones para traducir la experiencia personal que tiene que ver con el pecado y el perdón de Dios. ¿A qué se debe esta crisis? Se habla de eclipse del sentido del pecado («El mayor pecado actual es que los hombres han perdido el sentido del pecado», dijo Pío XII). No obstante, un motivo serio es también el estado al cual había quedado reducida la disciplina penitencial hasta la reciente reforma. La cosa tiene raíces muy lejanas; a partir de cierto punto, comienza a acentuarse el momento de la acusación privada de los pecados a expensas de todos los demás momentos que pasan a ser casi accesorios; se malinterpreta el principio de que el sacramento opera siempre y por sí mismo casi automáticamente (*ex opere operato*), por eso se multiplican las confesiones, hechas a veces en condiciones prácticamente imposibles por el número de personas y la rapidez y con escasísimas disposiciones interiores.

El aspecto de la crisis que más inquietó fue el abandono evidente, por parte de muchos, de la confesión frecuente; pero la verdadera crisis —como ya dije— es más profunda y se está revelando también saludable y llena de promesas; quizás la crisis ya esté en vías de superación. Todo parte del redescubrimiento de algunos componentes esenciales de la vida cristiana que revelan a toda luz —o mejor, a toda sombra— la separación entre las instituciones jurídicas y la vida. Esos componentes son: la palabra de Dios, o sea, el conocimiento renovado de la Biblia; el Espíritu Santo y el redescubrimiento de su papel en la Iglesia; la comunidad, vale decir, la dimensión social del pecado y la penitencia.

La palabra de Dios lleva a comprender mejor la verdadera naturaleza del pecado. Ante todo, pone en evidencia la insuficiencia de algunos esquemas de examen de conciencia que privilegian demasiado los pecados personales (especialmente los que van contra el sexto mandamiento), dejando en la sombra la caridad fraterna, la justicia y, sobre todo, los pecados de omisión. Además, el acento se traslada de los actos pecaminosos singulares en los que insistía la moral tradicional, al «estado» de pecado: de los pecados al pecado. No se trata, pues, tanto, o al menos principalmente, de repertoriar las consecuencias (los actos pecaminosos en su número y su especie) sino de remontarse a la causa de los mismos, de poner el hacha a la raíz, corrigiendo la opción fundamental, o la orientación de fondo del alma; pasando de una actitud de resistencia a Dios y entrega al mundo, a una actitud de resistencia al mundo y de entrega a Dios. Repertoriar escrupulosamente todos los pecados, aun los más mínimos, sin haber identificado primero su raíz, es como combatir la fiebre, sin cuidar de descubrir cuál es la enfermedad que la provocó. El pecado aparece bajo esta luz como realmente es y, por lo tanto, como un rechazo al amor del Padre, un abandonar a Dios para volcarse a los ídolos, o a los «puercos» (Jer. 2,13: Me abandonaron a mí, la fuente de agua viva, para cavarse cisternas.

cisternas agrietadas). Eso es el pecado desde el punto de vista de Dios. El hijo pródigo de la parábola había cometido muchos pecados, sí —como dice el hermano mayor— había disipado sus haberes con las prostitutas; pero, en el momento de la confesión, lo que más arde en el corazón no son esos pecados cometidos estando afuera, sino el haber podido un día volver la espalda al padre; a ese pecado se refiere su confesión: *¡Padre, pequé!*

El problema de la confesión es vuelto a llevar finalmente al problema más universal y central de la conversión evangélica; se trata de descubrir la verdadera enfermedad del alma. La pregunta crucial que Jesús dirige a quien va a pedirle hoy el perdón de sus pecados es la misma que un día le hizo al paralítico: *¿Quieres curarte?* (Jn. 5,6). ¿Lo quieres realmente? El verdadero examen de conciencia debería partir de esta pregunta: ¿deseo realmente curarme del pecado? ¿Estoy dispuesto a dejarme curar por Dios, o estoy, en cambio, encariñado con mi enfermedad? «¡Cúrame, pero no enseguida!», así nos dice san Agustín que rezaba antes de dar el paso decisivo de la conversión.

El redescubrimiento del Espíritu va a la par del *redescubrimiento de la comunidad*; según la concepción medieval y post Concilio de Trento de la penitencia, la Iglesia participaba casi solamente como «poder de las llaves», o sea como jerarquía e institución. Se insistía en la índole judicial de la confesión (un proceso con sentencia de absolución o no absolución). La renovación de la eclesiología (llevada adelante sobre todo en la constitución *Lumen Gentium* del Vaticano II) lleva a ver a la Iglesia no sólo como jerarquía e institución, sino sobre todo como *koinonia* y misterio, como Cuerpo místico de Cristo y como pueblo de Dios. Aparece así la dimensión comunitaria del pecado: éste significa una ruptura no sólo con la Cabeza, sino con Cristo en su totalidad, Cabeza y cuerpo, porque el pecado de un miembro debilita y daña a todo el organismo eclesial.

La confesión debe reflejar esta naturaleza comunitaria del pecado y de la reconciliación; la comunidad no desempeña un papel solamente pasivo, de testigo, o de objeto de la reconciliación, sino que tiene un rol activo, en el sentido de que participa y opera la reconciliación. San Giacomo escribió: *Confíésense, pues, sus pecados unos a otros y recen unos por otros para ser curados* (Giac. 5.16). Muy oportunamente, la liturgia nos hace usar ahora la fórmula: «Confieso a Dios omnipotente y a ustedes hermanos».

Por último, en el nuevo ritual de la Penitencia (emanado de la congregación del Culto divino en 1974), vuelve a aparecer el Espíritu Santo, ignorado casi por completo durante siglos de disciplina penitencial, y reaparece justamente en el punto en que antes se invocaba el poder de las llaves (excomuniación, interdicto); más aún, reaparece toda la Trinidad como el verdadero agente de la reconciliación. De hecho, la fórmula antepuesta de la reconciliación dice: «Que Dios Padre, de misericordia, que reconcilió para sí al mundo en la muerte y resurrección de su Hijo y derramó al Espíritu Santo para la redención de los pecados, te conceda el perdón y la paz mediante el ministerio de la Iglesia»; el Padre, Jesucristo, el Espíritu Santo y la Iglesia: he aquí los protagonistas de una verdadera reconciliación. ¡Para un pecador que vuelve se ponen en movimiento verdaderamente cielo y tierra!

La reforma del sacramento no logró llevar a término la renovación de la praxis penitencial, ni habría sido posible, por lo demás, en un tiempo tan breve. Algunos principios del pasado actúan todavía como fuerte freno, manteniendo en pie, para ciertos aspectos, la concesión analítica, o material, del pecado (importancia del número y la especie) y su carácter individualista y escasamente comunitario. Uno de los puntos en que más se advierte la necesidad de nuevas experiencias que hagan avanzar la praxis penitencial es el relativo a la «reconciliación de más penitentes con la confesión y la absolución general». Tal reconciliación comunitaria está prevista por el nuevo ritual sólo por motivos negativos o de fuerza mayor (falta de sacerdotes, peligro inminente de muerte). Es

necesario preparar el día en que —como ocurría en la antigua Iglesia— esto sea posible también por motivos positivos, o sea, para expresar concretamente el carácter comunitario de la reconciliación, para estar frente a Dios como hermanos penitentes y humillados que imploran juntos el perdón del Padre, perdonándose asimismo entre ellos. Dios ama en plural: ¡Hemos pecado! Ama la confesión coral de todo su pueblo; no se cansa de inculcarlo ya en el tiempo de los profetas (cf. Bar. 2,12; Dan.3, 26ssq.) y nos ha dado el modelo en el Padre nuestro: «Padre *nuestro*... perdona *nuestras ofensas*». Hay culpas —especialmente las de omisión— por las cuales la comunidad cristiana debe pedir perdón al mundo públicamente, en tanto comunidad, porque fueron cometidas en tanto comunidad. Nada reconcilia tanto con el mundo como estas liturgias corales en las que la Iglesia, en su elemento humano, asume la responsabilidad de los errores y los pecados que signaron su historia, impidiendo así que el nombre de Cristo sea «por culpa de ustedes, blasfemado entre las naciones» (cf. Rom. 2,24).

Lo que se nos pide entonces es una obediencia creativa: *obediencia*, o sea, nada de extravagancias o novedades por la novedad misma, sino más bien disponibilidad para recibir con gratitud las directivas de la Iglesia, en este caso, las contenidas en el nuevo ritual de la Penitencia, utilizando todas las posibilidades que ofrece que no son pocas; *creativa* o *espiritual*, porque la obediencia fundamental sigue siendo siempre al Espíritu y a la palabra de Dios que no se deja encerrar en ningún ritual, sino que quiere llevar adelante a su Iglesia. Cabe señalar, además, que las normas de la Iglesia regulan la Penitencia-sacramento, a la vez que no eliminan otras formas o posibilidades de remisión de los pecados (Eucaristía, oración, escucha de la palabra de Dios, limosna, etc.). Se trata de una ley que, debiendo servir para toda la Iglesia, no puede considerar los casos particulares. Lo esencial es comprender, para salvaguardarlas, cuáles son las exigencias y las preocupaciones que inspiran la disciplina de la Iglesia. Cuando no se pretende hacer de la libertad «una excusa para su malicia» (cf. 1 Ped. 2,16), cuando, entonces, respecto de la confesión de los pecados, no se pretende hacer menos, sino más de lo pedido, las exigencias de la Iglesia están a salvo y no se induce al laxismo sino más bien al fervor.

La renovación de la Penitencia todavía no ha concluido por lo tanto su camino; no obstante, ya se vislumbra cuál es la senda hacia la cual el Espíritu está conduciendo a la Iglesia. Tratemos de avanzar por —o adelantarnos por— esta senda con espíritu de profecía: ¿cómo se aparece a nosotros el sacramento de la Penitencia renovado por el Espíritu?

Ante todo, la Penitencia no aparece en un primer plano como un rito dentro del cual se nos fuerza —cosa que logramos con dificultad—, a poner un poco de vida, o sea, de arrepentimiento, de contrición o de atrición; es más bien la vida la que debe suscitar la necesidad del sacramento. Recurrimos a la Penitencia porque la palabra de Dios nos iluminó y nos reveló nuestro pecado, porque el Espíritu nos hace sentir la necesidad de recomponer la amistad con Dios ofendida, nos introduce en el corazón el sentimiento filial hacia el Padre, que nos hace gritar de lejos: ¡Padre, *pequé!* Por lo tanto, no la obligación o el hábito de la confesión, sino la necesidad.

La relación confesión-remisión de los pecados no es vista mecánicamente; se trata de un proceso vital; la reconciliación puede producirse perfectamente (y a veces se experimenta que se produce así) ya antes de ir a ver a un confesor, cuando se establece la decisión en el corazón. Basta que la persona acepte todas las exigencias de dicho perdón «espiritual», incluida la de recurrir a la necesaria mediación de la Iglesia para las culpas graves, apenas resulta posible (el hijo pródigo ya estaba reconciliado cuando decidió levantarse para ir hacia el padre). Aquel que, por la gracia de Dios, no carga con culpas graves, no dejará por ello de confesarse por períodos demasiado largos, sabiendo que la gravedad del pecado se mide más por el amor y por el llamado que uno ha recibido

que por la materia y sabiendo, por otra parte, que examinarse, abrir la propia conciencia, ponerse en estado de confesión frente a Dios, es un medio insustituible para no caer, poco a poco, en la tibiedad y la insensibilidad espiritual.

El sacramento de la Penitencia renovado brilla como sacramento pascual y lo hace en doble sentido: primero, porque de parte del hombre es un pequeño éxodo, un pasaje, un dejar de lado el hombre viejo y asumir al hombre nuevo; segundo, de parte de Cristo, porque aplica los frutos de su pasión redentora.

La Penitencia renovada aparece como el sacramento por excelencia de la sanación interior («sanar los espíritus quebrantados») que comprende también la sanación de la memoria, o sea, el abandono de recuerdos «malos» que son como cicatrices que nos dejó el pecado ajeno y el nuestro que no permiten que el amor de Dios resplandezca libremente en nuestro corazón (resentimientos, perdones no dados o no obtenidos, traumas espirituales profundos, etc.).

También el ministro de la Penitencia —el sacerdote— aparece bajo una nueva luz: ya no como juez del hermano que emite una sentencia, aunque sea en nombre de la Iglesia, sino como el médico de la sanación espiritual, más aún, como «el amigo del Esposo» que ayuda a recomponer una relación de amor que ha sido puesta en crisis por el pecado. Hoy existe concretamente la posibilidad de administrar y recibir el sacramento de la Penitencia «carismáticamente», o sea como don, como experiencia del Espíritu con el sello particular del Espíritu que purifica y reintegra la relación de filiación con Dios, de la cual es testimonio y autor. Vivir el sacramento carismática o espiritualmente es asimismo la mejor forma para vivirlo como experiencia genuinamente humana y liberadora, sin tinte alguno morboso o angustiante.

Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: ¡Padre, pequé!’ así se dijo a sí mismo el pródigo y enseguida partió para emprender el camino. Hagámoslo también nosotros: no es necesario que hayamos ido a una región lejana; todos estamos lejos, todos pecamos siete veces, permitamos que Cristo y la Iglesia nos reconcilien con Dios. ¡La Pascua será más bella este año para nosotros, será una verdadera Pascua de resurrección!

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Parroquia de San Ignacio de Antioquía, en Roma (16-III-1980)

– Necesidad de la confesión

Si somos verdaderamente discípulos y confesores de Cristo, que ha reconciliado al hombre con Dios, no podemos vivir sin buscar, por nuestra parte, esta reconciliación interior. No podemos permanecer en el pecado y no esforzarnos para encontrar el camino que llega a la casa del Padre, que siempre está esperando nuestro retorno.

En el curso de la Cuaresma, la Iglesia nos llama a la búsqueda de este camino: “Por Cristo os rogamos: reconciliaos con Dios” (2 Cor 5,20). Sólo reconciliándonos con Dios en nombre de Cristo, podemos gustar “qué bueno es el Señor” (Sal 33(34),9), comprobándolo, por decirlo así, experimentalmente.

No hablan de la severidad de Dios los confesonarios esparcidos por el mundo, en los cuales los hombres manifiestan los propios pecados, sino más bien de su bondad misericordiosa. Y cuantos se acercan al confesionario, a veces después de muchos años y con el peso de pecados graves, en el

momento de alejarse de él, encuentran el alivio deseado; encuentran la alegría y la serenidad de la conciencia, que fuera de la confesión no podrán encontrar en otra parte. Efectivamente, nadie tiene el poder de librarnos de nuestros pecados, sino solo Dios. Y el hombre que consigue esta remisión, recibe la gracia de una vida nueva del espíritu, que sólo Dios puede concederle en su infinita bondad. “Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha y lo salva de sus angustias” (Sal 33(34),7).

Por medio de la parábola del hijo pródigo, el Señor ha querido grabar y profundizar esta verdad, espléndida y riquísima, no sólo en nuestro entendimiento, sino también en nuestra imaginación, en nuestro corazón y en nuestra conciencia. Cuántos hombres en el curso de los siglos, cuántos de los de nuestro tiempo pueden encontrar en esta parábola los rasgos fundamentales de la propia historia personal. Son tres los momentos claves de la historia de este hijo, con el que se identifica, en cierto sentido, cada uno de nosotros, cuando se da al pecado.

– Itinerario del Hijo pródigo

Primer momento: el alejamiento. Nos alejamos de Dios, como se había alejado ese hijo del Padre, cuando empezamos a comportarnos respecto a cada uno de los bienes que hay en nosotros, tal como él hizo con la parte de los bienes recibidos en herencia. Olvidamos que ese bien nos lo ha dado Dios como deber, como talento evangélico. Al operar con él, debemos multiplicar nuestra herencia, y, de este modo, dar gloria a Aquel de quien la hemos recibido. Por desgracia, nos comportamos, a veces, como si ese bien que hay en nosotros, el bien del alma y del cuerpo, las capacidades, las facultades, las fuerzas, fuese de nuestra propiedad exclusiva, de la que podemos servirnos y abusar de cualquier manera, derrochándola y disipándola.

Efectivamente, el pecado es siempre un derroche de nuestra humanidad, el derroche de nuestros valores más preciosos. Esta es la auténtica realidad, aun cuando pueda parecer a veces, que precisamente el pecado nos permite conseguir éxitos. El alejamiento del Padre lleva siempre consigo una gran destrucción en quien lo realiza, en quien quebranta su voluntad, y disipa en sí mismo su herencia: la dignidad de la propia persona humana, la herencia de la gracia.

El segundo momento en nuestra parábola es el del retorno a la recta razón y del proceso de conversión. El hombre debe encontrar de nuevo dolorosamente lo que ha perdido, aquello de que se ha privado al cometer el pecado, al vivir en el pecado, para que madure en él ese paso decisivo: “Me levantaré e iré a mi Padre” (Lc 15,18). Debe ver de nuevo el rostro de ese Padre, al que ha vuelto las espaldas y con quien ha roto los puentes para poder pecar “libremente”, para poder derrochar “libremente” los bienes recibidos. Debe encontrarse con el rostro del Padre, dándose cuenta, como el joven de la parábola, de haber perdido la dignidad de hijo, de no merecer acogida alguna en la casa paterna. Al mismo tiempo, deberá desear ardientemente retornar. La certeza de la bondad y del amor que pertenecen a la esencia de la paternidad de Dios, deberá conseguir en él la victoria sobre la conciencia de la culpa y de la propia dignidad. Más aún, esta certeza deberá presentarse como el único camino de salida, para emprenderlo con ánimo y confianza.

Finalmente el tercer momento: el retorno. El retorno se desarrollará como habla Cristo de él en la parábola. El Padre espera y olvida todo el mal que el hijo ha cometido, y no tiene en consideración todo el derroche de que es culpable el hijo. Para el Padre sólo hay una cosa importante: que el hijo ha sido encontrado; que no ha perdido hasta el fondo la propia humanidad; que, a pesar de todo, vuelva con el propósito de vivir de nuevo como hijo, precisamente en virtud de la conciencia adquirida de la indignidad y de la culpa.

“Padre, he pecado..., no soy digno de llamarme hijo tuyo” (Lc 15,21).

– La misericordia de Dios

La Cuaresma es el tiempo de una espera especialmente amorosa de nuestro Padre en relación con cada uno de nosotros, que, aun cuando sea el más pródigo de los hijos, se haga, sin embargo, consciente de la dilapidación perpetrada, llame por su nombre al propio pecado, y finalmente se dirija hacia Dios con plena sinceridad.

Este hombre debe llegar a la casa del Padre. El camino que allí conduce, pasa a través del examen de conciencia, el arrepentimiento y el propósito de la enmienda. Como en la parábola del hijo pródigo, estas son las etapas de la conversión. Cuando el hombre supere en sí mismo, en lo íntimo de su humanidad, todas estas etapas, nacerá en él la necesidad de la confesión. Esta necesidad quizá lucha en lo vivo del alma con la vergüenza, pero cuando la conversión es verdadera y auténtica, la necesidad vence a la vergüenza: la necesidad de la confesión, de la liberación de los pecados es más fuerte. Los confesamos a Dios mismo, aunque en el confesionario los escucha el hombre-sacerdote. Este hombre es el humilde y fiel servidor de ese gran misterio que se ha realizado entre el hijo que retorna y el Padre.

En el período de Cuaresma esperan los confesonarios: esperan los confesores; espera el Padre. Podríamos decir que se trata de un período de especial solicitud de Dios para perdonar y absolver los pecados: el tiempo de la reconciliación.

Nuestra reconciliación con Dios, el retorno a la casa de Padre, se realiza mediante Cristo. Su pasión y muerte en la cruz se colocan entre cada uno de los pecados humanos, y el infinito amor del Padre. Este amor, pronto a aliviar y perdonar, no es otra cosa que la misericordia. Cada uno de nosotros en la conversión personal, en el arrepentimiento, en el firme propósito de la enmienda, finalmente en la confesión, acepta realizar una personal fatiga espiritual, que es prolongación y reverbero lejano de esa fatiga salvífica, que emprendió nuestro Redentor. He aquí cómo se expresa el Apóstol de la reconciliación con Dios: “A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros para que en Él fuéramos justicia de Dios” (2 Cor 5,21). Por lo tanto, emprendamos nuestros esfuerzos de conversión y de penitencia por Él, con Él y en Él. Si no lo emprendemos, no somos dignos del nombre de Cristo, no somos dignos de la herencia de la redención.

“El que es de Cristo se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo. Mas todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación” (2 Cor. 5,17-18).

Que este amor (el amor de Cristo) haga brotar en nuestros corazones la misma confianza profunda que brotó en el corazón del hijo de la parábola de hoy: “Me levantaré e iré a mi Padre y le diré: Padre he pecado”.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Acabamos de escuchar uno de esos relatos evangélicos que nos hablan de la benevolencia de Dios con sus hijos y son como un bálsamo para el corazón dolido por el vergonzoso comportamiento con nuestro Dios. Uno de esos relatos que, una vez oído, ya no se pueden olvidar y que deben ser considerados a solas muchas veces porque su riqueza espiritual es inmensa.

Detengamos la mirada en el Padre que Jesús nos ha revelado. “Cuando todavía estaba lejos (el hijo menor), su padre lo vio”. “El padre esperaba al hijo, estaba ansioso por él. No sólo le perdona su cruel insistencia en reclamarle derechos: “Dame la parte de la herencia que me corresponde”. Sino que lo ama hasta el extremo de quererlo a su lado de nuevo. Cuando, por fin, el hijo aparece en el horizonte, de ningún modo piensa en castigarle... Se diría que no le interesa la sumisión del hijo

perdido ni su autoacusación y humillación que podrían parecer obligadas por razones de pedagogía y orden. Al contrario, corre a su encuentro, se le echa al cuello y le besa. Le hace ponerse el traje mejor, un anillo en el dedo y calzado en los pies; y ordenan que maten el ternero cebado a fin de celebrar la fiesta. El Padre es así; así nos lo muestra Jesús. Para cada uno de nosotros es el Tú que siempre espera y siempre está dispuesto a abrirnos sus brazos de Padre, sea lo que fuere lo sucedido” (Juan Pablo II).

La alegría del Padre por el retorno del hijo menor nos humedece los ojos. Pero, ¿y el comportamiento con el mayor, no es conmovedor también? Al volver de su trabajo y ver la fiesta, el banquete, la música, por el regreso de su hermano se irrita y no quiere participar en la fiesta. Piensa, tal vez, que su fidelidad no ha sido valorada y es víctima de un agravio comparativo y critica a su padre de modo insolente. Con una ternura inmensa se dirige también a él el Padre: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado” ¡Deberías alegrarte! ¡Qué distinto es Dios de nosotros! Si el corazón tiene razones que la mente no comprende, decía Pascal, ¿no sentimos latir aquí el Corazón de Dios? Es un alivio ver que el Padre no se incomoda con estos dos hijos en quienes estamos retratados todos, sino que razona con el mayor cuando no entiende el sacrificio que el servicio de Dios comporta y perdona al menor sus locuras.

Somos gente intensamente querida, amadas con esa verdad con la que sólo el Absoluto puede hacerlo. Vigilemos para que este amor tan desproporcionado como gratuito no se convierta en pasaporte para la impunidad. ¡Cuánta gente que tranquiliza su conciencia diciéndose frívolamente: Dios es muy bueno! Dios es Padre. La Sagrada Escritura desenmascara esta indulgencia desordenada así: “Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está mi honra?, y si soy el Señor, ¿dónde está el honor que me debéis?” (Mal 1,6). Recordemos que en el hijo menor la experiencia de la bondad del Padre coincide con el conocimiento de sí mismo, el arrepentimiento y la conversión. Preparémonos a la Pascua que se avecina con una sincera Confesión.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Padre, he pecado contra el cielo y contra ti»

I. LA PALABRA DE DIOS

Jos 5, 9a. 10-12: El pueblo de Dios celebra la Pascua al entrar en la tierra prometida

Sal 33, 2-3.4-5.6-7: Gustad y ved qué bueno es el Señor

2 Co 5, 17-21: Dios nos ha reconciliado consigo en Cristo

Lc 15, 1-3. 11-32: Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: “No he venido a llamar a justos sino a pecadores”... Les invita a la conversión» (545).

«... la gracia debe descubrir el pecado para convertir nuestro corazón... Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su palabra y su espíritu, proyecta una luz viva sobre el pecado» (1848).

«Perdona nuestras ofensas... aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de apartarnos de Dios... Nuestra petición empieza con una “confesión” en la que afirmamos, al mismo tiempo nuestra miseria y su Misericordia» (2839).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«El que confiesa sus pecados actúa ya con Dios. Dios acusa tus pecados; si tú también te acusas, te unes a Dios. El hombre y el pecador son por así decirlo, dos realidades: cuando oyes hablar del hombre es Dios quien lo ha hecho; cuando oyes hablar del pecador, es el hombre mismo quien lo ha hecho. Destruye lo que tú has hecho para que Dios salve lo que Él ha hecho... Cuando comienzas a detestar lo que has hecho, entonces tus obras buenas comienzan porque reconoces tus obras malas. El comienzo de las obras buenas es la confesión de las obras malas. Haces la verdad y vienes a la luz (S. Agustín)» (1458).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La misericordia y la alegría de Dios Padre son los dos rasgos más destacados por S. Lucas en las parábolas del perdón.

A las ideas judías de justicia y pecado, obediencia o desobediencia a las órdenes del Padre (vers. 29), muy presentes en el hijo mayor de la parábola, Jesús opone otro modo de ver las relaciones del hombre con Dios: la rectitud consiste en comportarse como hijo y el pecado en dejar de proceder como tal, por esto, el hijo menor se aleja del Padre y de su casa. Esto equivale a morir y el retorno a vivir (vers. 24 y 32).

El pródigo recupera los privilegios del hijo: «el mejor traje» (más exactamente «el primer traje»); el anillo y las sandalias, propios de los hombres libres y se le festeja con el ternero cebado, reservado para las grandes ocasiones.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La realidad del pecado y su proliferación: 386-387; 1865-1869.

La necesidad de un sacramento del perdón: 979-983.

La respuesta:

La penitencia del corazón: 1430-1433.

La confesión de los pecados: 1455-1458.

Las obras de satisfacción: 1459-1460.

C. Otras sugerencias

El perdón de Dios no alcanza al hombre, mientras éste no se vuelva a Él, mientras no se convierta, porque Dios no puede menos de respetar la libertad de la criatura. Esta retorna por la decisión del corazón, bajo la gracia del Dios que espera y llama al sacramento de la penitencia y del perdón.

«El cristiano que quiere purificarse de su pecado... no está solo... En la comunión de los santos... la santidad de uno aprovecha a los otros, más allá del daño que el pecado de uno pudo

causar a los demás». Esta es la base de las Indulgencias, que completan el sacramento de la penitencia y cuya práctica se debe recuperar (cf 1474).

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

El hijo pródigo

(el texto corresponde al Domingo XXIV del Tiempo Ordinario)

– La misericordia inagotable de Dios.

I. Misericordia, Dios mío, por tu bondad, // por tu inmensa compasión borra mi culpa. // Lava del todo mi delito, // Limpia mi pecado.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, // renuévame por dentro... // un corazón contrito y humillado tú no lo despreciarás¹.

La liturgia de este domingo trae a nuestra consideración, una vez más, la misericordia inagotable del Señor: ¡un Dios que perdona y que manifiesta su infinita alegría por cada pecador que se convierte! (...) Todos conocemos cómo Dios no se ha cansado jamás de perdonarnos, de facilitarnos de continuo el camino del perdón.

En el Evangelio de la Misa² San Lucas recoge esas parábolas de la compasión divina ante el estado en que queda el pecador, y el gozo del Señor al recuperar a quien parecía definitivamente perdido. El personaje central de estas parábolas es Dios mismo, que pone todos los medios para recuperar a sus hijos maltrechos por el pecado: es el pastor que sale tras la oveja descarriada hasta que la encuentra, y luego la carga sobre sus hombros, porque la ve fatigada y exhausta por su descarrío; es la mujer que ha perdido una moneda y *enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado* hasta que la halla; es el padre que, movido por la impaciencia del amor, sale todos los días a esperar a su hijo descarriado, y aguza la vista para ver si cualquier figura que se vislumbra a lo lejos es su hijo pequeño... “En su gran amor por la humanidad, Dios va tras el hombre –escribe Clemente de Alejandría– como la madre vuela sobre el pajarillo cuando éste cae del nido; y si la serpiente lo está devorando, *revolotea alrededor gimiendo por sus polluelos* (cfr. Dt 32, 11). Así Dios busca paternalmente a la criatura, la cura de su caída, persigue a la bestia salvaje y recoge al hijo, animándole a volver, a volar hacia el nido”³.

Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta. ¿Cómo nos vamos a retraer de la Confesión ante tanto gozo divino? ¿Cómo no vamos a llevar a nuestros amigos hasta ese sacramento de la misericordia, donde se devuelve la paz, la alegría y la dignidad perdidas? La actitud misericordiosa de Dios será, aun cuando estuviéramos lejos, el más poderoso motivo para el arrepentimiento. Antes que nosotros alcemos la mano pidiendo ayuda, ya ha tendido Él la suya –mano fuerte de padre– para levantarnos y ayudarnos a seguir adelante.

– La dignidad recuperada.

II. El pecado, tan detalladamente descrito en la parábola del *hijo pródigo*, “consiste en la rebelión frente a Dios, o al menos en el olvido o indiferencia ante Él y su amor”⁴, en el deseo de vivir

¹ Salmo responsorial. *Sal* 50, 3; 4; 12; 19.

² *Lc* 15, 1-32.

³ CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Protréptico*, 10.

⁴ JUAN PABLO II, *Homilía* 17-IX-1989.

fuera del amparo de Dios, de emigrar a *un país lejano*, fuera de la casa paterna. “Pero esta “fuga de Dios” tiene como consecuencia para el hombre una situación de confusión profunda sobre su propia identidad, junto con una amarga experiencia de empobrecimiento y de desesperación: el hijo pródigo, según dice la parábola, después de todo comenzó a pasar necesidad y se vio obligado –él, que había nacido en libertad– a servir a uno de los habitantes de aquella región”⁵. ¡Qué mal se está lejos de Dios! “¿Dónde se estará bien sin Cristo –pregunta San Agustín–, o cuándo se podrá estar mal con Él?”⁶.

La liturgia de la Misa de hoy nos invita a meditar en la grandeza de nuestro Padre Dios y en su amor por nosotros. Cuando el hijo decide volver para trabajar como un jornalero más en la hacienda, el padre, hondamente conmovido al ver las condiciones en que vuelve, corre a su encuentro y le prodiga todas las muestras de su amor: *se le echó al cuello* –dice Jesús en la parábola– y *lo cubrió de besos*. Le acoge como hijo inmediatamente. ***Éstas son las palabras del libro sagrado: le dio mil besos, se lo comía a besos. ¿Se puede hablar más humanamente? ¿Se puede describir de manera más gráfica el amor paternal de Dios por los hombres?***

Ante un Dios que corre hacia nosotros, no podemos callarnos, y le diremos con San Pablo, Abba, Pater! (Rom 8, 15), Padre, ¡Padre mío!, porque, siendo el Creador del universo, no le importa que no utilicemos títulos altisonantes, ni echa de menos la debida confesión de su señorío. Quiere que le llamemos Padre, que saboreemos esa palabra, llenándonos el alma de gozo⁷. Padre, Padre mío, le hemos llamado tantas veces, y nos hemos llenado de paz y de consuelo.

Hasta aquí nada había dicho el padre: ahora sus palabras rebosan alegría. No pone condiciones al hijo, no quiere acordarse más del pasado... Piensa en el futuro, en restituir cuanto antes al que llega su dignidad de hijo. Por eso ordena: *Pronto, sacad el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y las sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrar un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido recobrado*. El vestido máspreciado lo constituye en huésped de honor, el anillo le devuelve la dignidad perdida, las sandalias lo declaran libre⁸. El amor paterno de Dios se inclina hacia todo hijo pródigo, hacia cualquier miseria humana, y singularmente la miseria moral. Entonces, el que es objeto de la compasión divina “no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y ‘revalorizado’”⁹.

En la Confesión, a través del sacerdote, el Señor nos devuelve todo lo que culpablemente perdimos: la gracia y la dignidad de hijos de Dios. Ha establecido este sacramento para que podamos volver una y otra vez a la casa paterna. El Señor nos llena de su gracia y, si el arrepentimiento es profundo, nos coloca en un lugar más alto del que estábamos: ***saca, de nuestra miseria, riqueza; de nuestra debilidad, fortaleza. ¿Qué nos preparará, si no lo abandonamos, si lo frecuentamos cada día, si le dirigimos palabras de cariño confirmado con nuestras acciones, si le pedimos todo, confiados en su omnipotencia y en su misericordia? Sólo por volver a Él su hijo, después de traicionarle, prepara una fiesta, ¿qué nos otorgará, si siempre hemos procurado quedarnos a su lado?***¹⁰.

– **Servir a Dios es un honor.**

⁵ *Ibidem*.

⁶ SAN AGUSTIN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 51, 11.

⁷ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, Rialp, 1ª ed., Madrid 1973, 64.

⁸ Cfr. SAN AGUSTIN, *Sermón* 11, 7.

⁹ JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, 6.

¹⁰ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, Rialp, 2ª ed., Madrid 1987, 309.

III. Y se pusieron a celebrar la fiesta.

En este momento, cuando parece que la parábola ha terminado, el Señor introduce un personaje más: el hermano mayor. Viene del campo, de trabajar en la finca de su padre, como ha hecho siempre. Cuando llega a casa, la fiesta está en todo su apogeo. Oye la música y los cantos desde lejos y se sorprende. Un criado le informa de que se celebra el retorno de su hermano menor, que ha llegado sin nada. ¡Por fin ha vuelto!

Pero el hermano mayor se enfada. “¿No te ha movido el coro, el regocijo y la fiesta de la casa? –comenta San Agustín–. El banquete de ternero cebado, ¿no te ha hecho pensar? Nadie te excluye a ti. Todo en balde; habla el siervo, dura el enojo, no quiere entrar”¹¹. Es la nota discordante de la tarde. Es también el momento de los reproches ocultos y escondidos durante tanto tiempo, que salen ahora a la luz: *tantos años que te sirvo, y nunca me has dado un cabrito..., y ahora ha venido ese hijo tuyo, que ha consumido tu hacienda con meretrices, y has hecho matar un becerro cebado para él.*

El Padre es Dios, que tiene siempre las manos abiertas, llenas de misericordia. El hijo pequeño es la imagen del pecador, que se da cuenta de que sólo puede ser feliz junto a Dios, aunque sea en el último lugar, pero con su Padre Dios. ¿Y el mayor? Es un hombre trabajador, que ha servido siempre sin salir fuera de los límites de la finca; pero sin alegría. Ha servido porque no había más remedio, y con el tiempo se le ha empequeñecido el corazón. Ha ido perdiendo el sentido de la caridad mientras servía. Su hermano es ya para él *ese hijo tuyo*. ¡Qué contraste entre el corazón magnánimo del padre y la mezquindad de este hijo mayor! Es la imagen del justo miope para apreciar que servir a Dios y gozar de su amistad y presencia es una continua fiesta, que, en definitiva, *servir es reinar*¹². Es la figura de todo aquel que olvida que estar con Dios –en lo grande y en lo pequeño– es un honor inmerecido. En el mismo servicio está una buena parte de la recompensa. *Omnia bona mea tua sunt: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes son tuyos*. “Por tanto, todas las honras son nuestras, si nosotros somos de Dios”¹³. Se nos da el mismo Dios, y todas sus riquezas con Él: ¿qué más podemos pedir?

Dios espera de nosotros una entrega alegre, *no de mala gana ni forzado, pues Dios ama al que da con alegría*¹⁴. Hay siempre suficientes motivos de fiesta, de acción de gracias, de alegría, junto a Dios. Y especialmente cuando se nos presenta la ocasión de ser magnánimos –de tener corazón grande, comprensivo– con un hermano nuestro. “¿Qué dulce alegría la de pensar que el Señor es justo, es decir, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿Por qué, pues, temer? El buen Dios, infinitamente justo, que se dignó perdonar con tanta misericordia las culpas del hijo pródigo, ¿no será también justo conmigo, que estoy siempre junto a Él?”¹⁵, con alegría, con deseos de servirle hasta en lo más pequeño.

Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangelinet.net)

Padre, pequé contra el cielo y ante ti

¹¹ SAN AGUSTIN, *Sermón* 11, 10.

¹² Cfr. CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 36.

¹³ SAN AGUSTIN, *Sermón* 11, 13.

¹⁴ 2 *Cor* 9, 7.

¹⁵ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, 8.

Hoy, domingo *Laetare* (“Alegraos”), cuarto de Cuaresma, escuchamos nuevamente este fragmento entrañable del Evangelio según san Lucas, en el que Jesús justifica su práctica inaudita de perdonar los pecados y recuperar a los hombres para Dios.

Siempre me he preguntado si la mayoría de la gente entendía bien la expresión “el hijo pródigo” con la cual se designa esta parábola. Yo creo que deberíamos rebautizarla con el nombre de la parábola del “Padre prodigioso”.

Efectivamente, el Padre de la parábola —que se conmueve viendo que vuelve aquel hijo perdido por el pecado— es un icono del Padre del Cielo reflejado en el rostro de Cristo: «Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente» (Lc 15,20). Jesús nos da a entender claramente que todo hombre, incluso el más pecador, es para Dios una realidad muy importante que no quiere perder de ninguna manera; y que Él siempre está dispuesto a concedernos con gozo inefable su perdón (hasta el punto de no ahorrar la vida de su Hijo).

Este domingo tiene un matiz de serena alegría y, por eso, es designado como el domingo “alegraos”, palabra presente en la antífona de entrada de la Misa de hoy: «Festead a Jerusalén, gozad con ella todos los que la amáis, alegraos de su alegría». Dios se ha compadecido del hombre perdido y extraviado, y le ha manifestado en Jesucristo —muerto y resucitado— su misericordia.

Juan Pablo II decía en su encíclica *Dives in misericordia* que el amor de Dios, en una historia herida por el pecado, se ha convertido en misericordia, compasión. La Pasión de Jesús es la medida de esta misericordia. Así entenderemos que la alegría más grande que damos a Dios es dejarnos perdonar presentando a su misericordia nuestra miseria, nuestro pecado. A las puertas de la Pascua acudimos de buen grado al sacramento de la penitencia, a la fuente de la divina misericordia: daremos a Dios una gran alegría, quedaremos llenos de paz y seremos más misericordiosos con los otros. ¡Nunca es tarde para levantarnos y volver al Padre que nos ama!
